

SUB-SOLE BALDOMERO LILLO

Sentada en la mullida arena y mientras el pequeño acallaba el hambre chupando ávido el robusto seno, Cipriana con los ojos húmedos y brillantes por la excitación de la marcha abarcó de una ojeada la líquida llanura del mar.

Por algunos instantes olvidó la penosa travesía de los arenales ante el mágico panorama que se desenvolvía ante su vista. Las aguas, en las que se reflejaba la celeste bóveda, eran de un azul profundo. La tranquilidad del aire y la quietud de la bajamar daban al océano la apariencia de un vasto estanque diáfano e inmóvil. Ni una ola ni una arruga sobre su terso cristal. Allá en el fondo, en la línea del horizonte, el velamen de un barco interrumpía apenas la soledad augusta de las calladas ondas.

Cipriana, tras un breve descanso, se puso de pie. Aún tenía que recorrer un largo trecho para llegar al sitio adonde se dirigía. A su derecha, un elevado promontorio que se internaba en el mar mostraba sus escarpadas laderas desnudas de vegetación, y a su izquierda, una dilatada playa de fina y blanca arena se extendía hasta un oscuro cordón de cerros que se alzaba hacia el oriente. La joven, pendiente de la diestra el cesto de mimbre y cobijando al niño que dormía bajo los pliegues de su rebozo de lana, cuyos chillones matices escarlata y verde resaltaban intensamente en el gris monótono de las dunas, bajó con lentitud por la arenosa falda de un terreno firme, ligeramente humedecido, en el que los pies de la mariscadora dejaban apenas una leve huella. Ni un ser humano se distinguía en cuanto alcanzaba la mirada. Mientras algunas gaviotas revoloteaban en la blanca cinta de espuma, producida por la tenue resaca, enormes alcatraces con las alas abiertas e inmóviles resbalaban, unos tras otros, como cometas suspendidas por un hilo invisible, sobre las dormidas aguas. Sus siluetas fantásticas alargábanse desmesuradamente por encima de las dunas y, en seguida, doblando el promontorio, iban a perderse en alta mar.

Después de media hora de marcha, la mariscadora se encontró delante de gruesos bloques de piedra que le cerraban el paso. En ese sitio la playa se estrechaba y concluía por desaparecer bajo grandes planchones de rocas basálticas, cortadas por profundas grietas. Cipriana salvó ágilmente el obstáculo, torció hacia la izquierda y se halló, de improviso, en una diminuta caleta abierta entre los altos paredones de una profunda quebrada.

La playa reaparecía allí otra vez, pero muy corta y angosta. La arena de oro pálido se extendía como un tapiz finísimo en derredor del sombrío semicírculo que limitaba la ensenada.

La primera diligencia de la madre fue buscar un sitio al abrigo de los rayos del sol donde colocar la criatura, lo que encontró bien pronto en la sombra que proyectaba un enorme peñasco cuyos flancos, húmedos aún, conservaban la huella indeleble del zarpazo de las olas.

Elegido el punto que le pareció más seco y distante de la orilla del agua, desprendió de los hombros el amplio rebozo y arregló con él un blando lecho al dormido pequeñuelo, acostándolo en aquel nido improvisado con amorosa solicitud para no despertarle.

Muy desarrollado para sus diez meses, el niño era blanco y rollizo, con grandes ojos velados en ese instante por sus párpados de rosa finos y transparentes.

La madre permaneció algunos minutos como en éxtasis devorando con la mirada aquel bello y gracioso semblante. Morena, de regular estatura, de negra y abundosa cabellera, la joven no tenía nada de hermoso. Sus facciones toscas, de líneas vulgares, carecían de atractivo. La boca grande, de labios gruesos, poseía una dentadura de campesina: blanca y recia, y los ojos pardos, un tanto humildes, eran pequeños, sin expresión. Pero cuando aquel rostro se volvía hacia la criatura, las líneas se suavizaban, las pupilas adquirían un brillo de intensidad apasionada y el conjunto resultaba agradable, dulce y simpático.

El sol, muy alto sobre el horizonte, inundaba de luz aquel rincón de belleza incomparable. Los flancos de la cortadura desaparecían bajo la enmarañada red de arbustos y plantas trepadoras. Dominando el leve zumbido de los insectos y el blando arrullo del oleaje entre las piedras, resonaba a intervalos, en la espesura, el melancólico grito del pitío.

La calma del océano, la inmovilidad del aire y la placidez del cielo tenían algo de la dulzura que se retrataba en la faz del pequeñuelo y resplandecía en las pupilas de la madre, subyugada a pesar suyo, por la magia irresistible de aquel cuadro.

Vuelta hacia la ribera, examinaba la pequeña playa delante de la cual se extendía una vasta plataforma de piedra que se internaba una cincuentena de metros dentro del mar. La superficie de la roca era lisa y bruñida, cortada por innumerables grietas tapizadas de musgos y diversas especies de plantas marinas.

Cipriana se descalzó los gruesos zapatos, suspendió en torno de la cintura la falda de percal descolorido, y cogiendo la cesta, atravesó la enjuta playa y avanzó por encima de las peñas húmedas y resbaladizas, inclinándose a cada instante para examinar las hendiduras que encontraba al paso. Toda clase de mariscos llenaban esos agujeros. La joven, con ayuda de un pequeño gancho de hierro, desprendía de la piedra los moluscos y los arrojaba en un canasto. De cuando en cuando, interrumpía la tarea y echaba una rápida mirada a la criatura que continuaba durmiendo sosegadamente.

El océano asemejábase a una vasta laguna de turquesa líquida. Aunque hacía ya tiempo que la hora de la baja mar había pasado, la marea subía con tanta lentitud que sólo un ojo ejercitado podía percibir cómo la parte visible de la roca disminuía insensiblemente. Las aguas se escurrían cada vez con más fuerza y en mayor volumen a lo largo de las cortaduras.

La mariscadora continuaba su faena sin apresurarse. El sitio le era familiar y, dada la hora, tenía tiempo de sobra para abandonar la plataforma antes que desapareciera bajo las olas.

El canasto se llenaba con rapidez. Entre las hojas transparentes del luche destacábanse los tonos grises de los caracoles, el blanco mate de las tacas y el verde viscoso de los chapas. Cipriana con el cuerpo inclinado, la cesta en una mano y el gancho en la otra, iba y venía con absoluta seguridad en aquel suelo escurridizo. El apretado corpiño dejaba ver el nacimiento del cuello redondo y moreno de la mariscadora, cuyos ojos escudriñaban con vivacidad las rendijas, descubriendo el marisco y arrancándolo de la áspera superficie de la piedra. De vez en cuando se enderezaba para recoger sobre la nuca las negrísimas crenchas de sus cabellos. Y su talle vasto y desgarrado de campesina destacábase entonces sobre las amplias caderas con líneas vigorosas, no exentas de gallardía y esbeltez. El cálido beso del sol coloreaba sus gruesas mejillas, y el aire oxigenado que aspiraba a plenos pulmones hacía bullir en sus venas su sangre joven de moza robusta en la primavera de la vida.

El tiempo pasaba, la marea subía lentamente invadiendo poco a poco las partes bajas de la plataforma, cuando de pronto Cipriana, que iba de un lado para otro afanosa en su tarea, se detuvo y miró con atención dentro de una hendidura. Luego se enderezó y dio un paso hacia adelante; pero casi inmediatamente giró sobre sí misma y volvió a detenerse en el mismo sitio. Lo que cautivaba su atención, obligándola a volver atrás, era la concha de un caracol que yacía en el fondo de una pequeña abertura. Aunque diminuto, de forma extraña, parecía más grande visto a través del agua cristalina.

Cipriana se puso de rodillas e introdujo la diestra en el hueco, pero sin éxito, pues la rendija era demasiado estrecha y apenas tocó con la punta de los dedos el nacarado objeto. Aquel contacto no hizo sino avivar su deseo. Retiró la mano y tuvo otro segundo de vacilación, mas el recuerdo de su hijo le sugirió el pensamiento de que sería aquello un lindo juguete para el chico y no le costaría nada.

Y el tinte rosa pálido del caracol con sus tonos irisados tan hermosos destacábase tan suavemente en aquel estuche de verde y aterciopelado musgo que, haciendo una nueva tentativa, salvó el obstáculo y cogió la preciosa concha. Trató de retirar la mano y no pudo conseguirlo. En balde hizo vigorosos esfuerzos para zafarse. Todos resultaron inútiles; estaba cogida en una trampa. La conformación de la grieta y lo viscoso de sus bordes habían permitido con dificultad el deslizamiento del puño a través de la estrecha garganta que, ciñéndole ahora la muñeca como un brazalete, impedía salir a la mano endurecida por el trabajo.

En un principio Cipriana sólo experimentó una leve contrariedad que se fue transformando en una cólera sorda, a medida que transcurría el tiempo en infructuosos esfuerzos. Luego una angustia vaga, una inquietud creciente fue apoderándose de su ánimo. El corazón precipitó sus latidos y un sudor helado le humedeció las sienes. De pronto la sangre se paralizó en sus venas, la pupila se agrandaron y un temblor nervioso sacudió sus miembros. Con ojos y rostro desencajados por el espanto, había visto delante de ella una línea blanca, movable, que avanzó un corto trecho sobre la playa y retrocedió luego con rapidez; era la espuma de una ola. Y la aterradora imagen de su hijo, arrastrado y envuelto en el flujo de la marea, se presentó clara y nítida a su imaginación. Lanzó un penetrante alarido, que devolvieron los ecos de la quebrada, resbaló sobre las aguas y se desvaneció mar adentro en la líquida inmensidad.

Arrodillada sobre la piedra se debatió algunos minutos furiosamente. Bajo la tensión de sus músculos sus articulaciones crujían y se dislocaban, sembrando con sus gritos el espanto en la población alada que buscada su alimento en las proximidades de la caleta; gaviotas, cuervos, golondrinas del mar, alzaron el vuelo y se alejaron presurosos bajo el radiante resplandor del sol.

El aspecto de la mujer era terrible: las ropas empapadas en sudor se habían pegado a la piel; la destrenzada cabellera le ocultaba en parte el rostro atrozmente desfigurado; las mejillas se habían hundido y los ojos despedían un fulgor extraordinario. Había cesado de gritar y miraba con fijeza el pequeño envoltorio que yacía en la playa, tratando de calcular lo que las olas tardarían en llegar hasta él. Esto no se hacía esperar mucho, pues la marea precipitaba ya su marcha ascendente y muy pronto la plataforma sobresalió algunos centímetros sobre las aguas.

El océano, hasta entonces tranquilo, empezaba a hinchar su torso, y espasmódicas sacudidas estremecían sus espaldas relucientes. Curvas ligeras, leves ondulaciones interrumpían por todas partes la azul y tersa superficie. Un oleaje suave, con acariciador y rítmico susurro, comenzó a azotar los flancos de la roca y a depositar en la arena albos copos de espuma que bajo los ardientes rayos del sol tomaban los tonos cambiantes del nácar y del arco iris.

En la escondida ensenada flotaba un ambiente de paz y serenidad absolutas. El aire tibio, impregnado de las acres emanaciones salinas, dejaba percibir a través de la quietud de sus ondas el leve chasquido del agua entre las rocas, el zumbido de los insectos y el grito lejano de los halcones de mar.

La joven, quebrantada por los terribles esfuerzos hechos para levantarse, giró en torno sus miradas imploradoras y no encontró ni en la tierra ni en las aguas un ser viviente que pudiera prestarle auxilio. En vano clamó a los suyos, a la autora de sus días, al padre de su hijo, que allá detrás de la dunas aguardaba su regreso en el **rancho humilde y miserable**. Ninguna voz contestó a la suya, y entonces dirigió su vista hacia lo alto y el amor maternal arrancó de su alma inculta y ruda, torturada por la angustia, frases y plegarias de elocuencia desgarradora:

-¡Dios mío, apíadate de mi hijo; sálvalo; socórrelo...! ¡Perdón para mi hijito, Señor! ¡Virgen Santa, defiéndelo...! ¡Toma mi vida; no se la quites a él! ¡Madre mía, permite que saque la mano para ponerlo más allá...! ¡Un momento, un ratito no más...! ¡Te juro volver otra vez aquí...! ¡Te juro volver aquí...! ¡Dejaré que las aguas me traguen; que mi cuerpo se haga pedazos en estas piedras; no

me moveré y moriré bendiciéndote! ¡Virgen Santa, ataja la mar; sujeta las olas; no consientas que muera desesperada...! ¡Misericordia, Señor! ¡Piedad, Dios mío! ¡Óyeme, Virgen Santísima! ¡Escúchame, madre mía!

Arriba la celeste pupila continuaba inmóvil, sin una sombra, sin una contracción, diáfana e insondable como el espacio infinito. La primera ola que invadió la plataforma arrancó a la madre un último grito de loca desesperación. Después sólo brotaron de su garganta sonidos roncós, apagados, como estertores de moribundo.

La frialdad del agua devolvió a Cipriana sus energías, y la lucha para zafarse de la grieta comenzó otra vez más furiosa y desesperada que antes. Sus violentas sacudidas y el roce de la carne contra la piedra habían hinchado los músculos, y la argolla de granito que la aprisionaba pareció estrecharse en torno de la muñeca.

La masa líquida, subiendo incesantemente, concluyó por cubrir la plataforma. Sólo la parte superior del busto de la mujer arrodillada sobresalió por encima del agua. A partir de ese instante los progresos de la marea fueron tan rápidos que muy pronto el oleaje alcanzó muy cerca del sitio en que yacía la criatura. Transcurrieron aún algunos minutos y el momento inevitable al fin llegó. Una ola, alargando su elástica zarpa, rebalsó el punto donde dormía el pequeñuelo, quien, al sentir el frío contacto de aquel baño brusco, despertó, se retorció como un gusano y lanzó un penetrante chillido.

Para que nada faltase a su martirio, la joven no perdía un detalle de la escena. Al sentir aquel grito que desgarró las fibras más hondas de sus entrañas, una ráfaga de locura fulguró en sus extraviadas pupilas, y así como la alimaña cogida en el lazo corta con los dientes el miembro prisionero, con la hambrienta boca presta a morder se inclinó sobre la piedra; pero ese recurso le estaba vedado; el agua que la cubría hasta el pecho obligábala a mantener la cabeza en alto.

En la playa las olas iban y venían alegres, retozonas, envolviendo en sus pliegues juguetonamente al rapazuelo. Habíanle despojado de los burdos pañales, y el cuerpecillo regordete, sin más traje que la blanca camisilla, rodaba entre la espuma agitando desesperadamente las piernas y brazos diminutos. Su tersa y delicada piel, herida por los rayos del sol, relucía, abrigada por el choque del agua y el roce áspero e interminable sobre la arena.

Cipriana con el cuello estirado, los ojos fuera de las órbitas, miraba aquello estremecida por una suprema convulsión. Y en el paroxismo del dolor, su razón estalló de pronto. Todo desapareció ante su vista. La luz de su espíritu azotada por una racha formidable se extinguió y mientras la energía y el vigor aniquilados en un instante cesaban de sostener el cuerpo en aquella postura, la cabeza se hundió en el agua, un leve remolino agitó las ondas y algunas burbujas aparecieron en la superficie tranquila de la pleamar.

Juguete de las olas, el niño lanzaba en la ribera vagidos cada vez más tardos y más débiles que el océano, como una nodriza cariñosa, se esforzaba en acallar, redoblando sus abrazos, modulando sus más dulces canciones, poniéndolo ya boca abajo o boca arriba, y trasladándolo de un lado para otro, siempre solícito e infatigable.

Por último los lloros cesaron: el pequeñuelo había vuelto a dormirse y aunque su carita estaba amoratada, los ojos y la boca llenos de arena, su sueño era apacible; pero tan profundo que, cuando la marejada lo arrastró mar adentro y lo depositó en el fondo, no se despertó ya más.

Y mientras el cielo azul extendía su cóncavo dosel sobre la tierra y sobre las aguas, tálamos donde la muerte y la vida se enlazan perpetuamente, el infinito dolor de la madre que, dividido entre las almas, hubiera puesto taciturnos a todos los hombros, no empañó con la más leve sombra la divina armonía de aquel cuadro palpitante de vida, de dulzura, de paz y amor.

EL PADRE OLEGARIO LAZO

Un viejecito de barba larga y blanca, bigotes enrubiecidos por la nicotina, manta roja, zapatos de taco alto, sombrero de pita y un canasto al brazo, se acercaba, se alejaba y volvía tímidamente a la puerta del cuartel. Quiso interrogar al centinela, pero el soldado le cortó la palabra en la boca, con el grito:

-¡Cabo de guardia!

El suboficial apareció de un salto en la puerta, como si hubiera estado en acecho. Interrogado con la vista y con un movimiento de la cabeza hacia arriba, el desconocido habló:

-¿Estará mi hijo?

El cabo soltó la risa. El centinela permaneció impasible, frío como una estatua de sal.

-El regimiento tiene trescientos hijos; falta saber el nombre del suyo repuso el suboficial.

-Manuel... Manuel Zapata, señor.

El cabo arrugó la frente y repitió, registrando su memoria:

-¿Manuel Zapata...? ¿Manuel Zapata...?

Y con tono seguro:

-No conozco ningún soldado de ese nombre.

El paisano se irguió orgulloso sobre las gruesas suelas de sus zapatos, y sonriendo irónicamente:

-¡Pero si no es soldado! Mi hijo es oficial, oficial de línea...

El trompeta, que desde el cuerpo de guardia oía la conversación, se acercó, codeó al cabo, diciéndole por lo bajo: -Es el nuevo, el recién salido de la Escuela.

-¡Diablos! El que nos palabrea tanto...

El cabo envolvió al hombre en una mirada investigadora y, como lo encontró pobre, no se atrevió a invitarlo al casino de oficiales. Lo hizo pasar al cuerpo de guardia.

El viejecito se sentó sobre un banco de madera y dejó su canasto al lado, al alcance de su mano. Los soldados se acercaron, dirigiendo miradas curiosas al campesino e interesadas al canasto. Un canasto chico, cubierto con un pedazo de saco. Por debajo de la tapa de lona empezó a picotear, primero, y a asomar la cabeza después, una gallina de cresta roja y pico negro abierto por el calor.

Al verla, los soldados palmotearon y gritaron como niños:

-¡Cazuela! ¡Cazuela!

El paisano, nervioso por la idea de ver a su hijo, agitado con la vista de tantas armas, reía sin motivo y lanzaba atropelladamente sus pensamientos.-¡Ja, ja, ja!... Sí, Cazuela..., pero para mi niño.

Y con su cara sombreada por una ráfaga de pesar, agregó:

-¡Cinco años sin verlo...!

Más alegre rascándose detrás de la oreja:

-No quería venirse a este pueblo. Mi patrón lo hizo militar. ¡Ja, ja, ja...!

Uno de guardia, pesado y tieso por la bandolera, el cinturón y el sable, fue a llamar al teniente.

Estaba en el picadero, frente a las tropas en descanso, entre un grupo de oficiales. Era chico, moreno, grueso, de vulgar aspecto. El soldado se cuadró, levantando tierra con sus pies al juntar los tacos de sus botas, y dijo:

-Lo buscan..., mi teniente.

No sé por qué fenómeno del pensamiento, la encogida figura de su padre relampagueó en su mente.

Alzó la cabeza y habló fuerte, con tono despectivo, de modo que oyeran sus camaradas:

-En este pueblo..., no conozco a nadie...

El soldado dio detalles no pedidos:

-Es un hombrecito arrugado, con manta... Viene de lejos. Trae un canastito...

Rojo, mareado por el orgullo, llevó la mano a la visera:

-Está bien... ¡Retírese!

La malicia brilló en la cara de los oficiales. Miraron a Zapata... Y como éste no pudo soportar el peso de tantos ojos interrogativos, bajó la cabeza, tosió, encendió un cigarrillo, y empezó a rayar el suelo con la contera de su sable.

A los cinco minutos vino otro de guardia. Un concripto muy sencillo, muy recluta, que parecía caricatura de la posición de firmes.

A cuatro pasos de distancia le gritó, aleteando con los brazos como un pollo:

-¡Lo buscan, mi teniente! Un hombrecito del campo... dice que es el padre de su mercé...

Sin corregir la falta de tratamiento del subalterno, arrojó el cigarro, lo pisó con furia, y repuso:

-¡Váyase! Ya voy.

Y para no entrar en explicaciones, se fue a las pesebreras.

El oficial de guardia, molesto con la insistencia del viejo, insistencia que el sargento le anunciaba cada cinco minutos, fue a ver a Zapata. Mientras tanto, el padre, a quien los años habían tornado el corazón de hombre en el de niño, cada vez más nervioso, quedó con el oído atento. Al menor ruido, miraba afuera y estiraba el cuello, arrugado y rojo como cuello de pavo. Todo paso lo hacía temblar de emoción, creyendo que su hijo venía a abrazarlo, a contarle su nueva vida, a mostrarle sus armas, sus arreos, sus caballos...

El oficial de guardia encontró a Zapata simulando inspeccionar las caballerizas. Le dijo, secamente, sin preámbulos:

-Te buscan... Dicen que es tu padre.

Zapata, desviando la mirada, no contestó.

-Está en el cuerpo de guardia... No quiere moverse.

Zapata golpeó el suelo con el pie, se mordió los labios con furia, y fue allá. Al entrar, un soldado gritó:

-¡Atencioón!

La tropa se levantó rápida como un resorte. Y la sala se llenó con ruido de sables, movimientos de pies y golpes de taco. El viejecito, deslumbrado con los honores que le hacían a su hijo, sin acordarse del canasto y de la gallina, con los brazos extendidos, salió a su encuentro. Sonreía con su cara de piel quebrada como corteza de árbol viejo.

Temblando de placer, gritó:

-¡Mañungo!, ¡Mañunguito...!

El oficial lo saludó fríamente. Al campesino se le cayeron los brazos. Le palpitaban los músculos de la cara.

El teniente lo sacó con disimulo del cuartel. En la calle le sopló al oído:

-¡Qué ocurrencia la suya...! ¡Venir a verme...! Tengo servicio... No puedo salir.

Y se entró bruscamente. El campesino volvió a la guardia, desconcertado, tembloroso. Hizo un esfuerzo, sacó la gallina del canasto y se la dio al sargento.

-Tome: para ustedes, para ustedes solos.

Dijo adiós y se fue arrastrando los pies, pesados por el desengaño. Pero desde la puerta se volvió para agregar, con lágrimas en los ojos:

-Al niño le gusta mucho la pechuga. ¡Denle un pedacito...!

EL VASO DE LECHE MANUEL ROJAS

Afirmado en la barandilla de estribor, el marinero parecía esperar a alguien. Tenía en la mano izquierda un envoltorio de papel blanco, manchado de grasa en varias partes. Con la otra mano atendía la pipa.

Entre unos vagones apareció un joven delgado; se detuvo un instante, miró hacia el mar y avanzó después, caminando por la orilla del muelle con las manos en los bolsillos, distraído o pensando.

Cuando pasó frente al barco, el marinero le gritó en inglés:

-I say; look here! (¡Oiga, mire!)

El joven levantó la cabeza y, sin detenerse, contestó en el mismo idioma:

-Hallow! What? (¡Hola! ¡Qué?)

-Are you hungry? (¿Tiene hambre?)

Hubo un breve silencio, durante el cual el joven pareció reflexionar y hasta dio un paso más corto que los demás, como para detenerse; pero al fin dijo, mientras dirigía al marinero una sonrisa triste:

-No, I am not hungry! Thank you, sailor. (No, no tengo hambre. Muchas gracias, marinero.)

-Very well. (Muy bien.)

Sacose la pipa de la boca el marinero, escupió y colocándosela de nuevo entre los labios, miró hacia otro lado. El joven, avergonzado de que su aspecto despertara sentimientos de caridad, pareció apresurar el paso, como temiendo arrepentirse de su negativa.

Un instante después un magnífico vagabundo, vestido inverosímilmente de harapos, grandes zapatos rotos, larga barba rubia y ojos azules, pasó ante el marinero, y éste, sin llamarlo previamente, le gritó:

-Are you hungry?

No había terminado aún su pregunta cuando el atorrante, mirando con ojos brillantes el paquete que el marinero tenía en las manos, contestó apresuradamente:

-Yes, sir, I am very hungry! (Sí, señor, tengo harta hambre.)

Sonrió el marinero. El paquete voló en el aire y fue a caer entre las manos ávidas del hambriento. Ni siquiera dio las gracias y abriendo el envoltorio calentito aún, sentose en el suelo, restregándose las manos alegremente al contemplar su contenido. Un atorrante de puerto puede no saber inglés, pero nunca se perdonaría no saber el suficiente como para pedir de comer a uno que hable ese idioma.

El joven que pasara momentos antes, parado a corta distancia de allí, presencié la escena.

Él también tenía hambre. Hacía tres días justos que no comía, tres largos días. Y más por timidez y vergüenza que por orgullo, se resistía a pararse delante de las escalas de los vapores, a las horas de comida, esperando de la generosidad de los marineros algún paquete que contuviera restos de guisos y trozos de carne. No podía hacerlo, no podría hacerlo nunca. Y cuando, como es el caso reciente, alguno le ofrecía sus sobras, las rechazaba heroicamente, sintiendo que la negativa aumentaba su hambre.

Seis días hacía que vagaba por las callejuelas y muelles de aquel puerto. Lo había dejado allí un vapor inglés procedente de Punta Arenas, puerto en donde había desertado de un vapor en que servía como muchacho de capitán. Estuvo un mes allí, ayudando en sus ocupaciones a un austriaco pescador de centollas, y en el primer barco que pasó hacia el norte embarcose ocultamente. Lo descubrieron al día siguiente de zarpar y enviáronlo a trabajar en las calderas. En el primer puerto grande que tocó el vapor lo desembarcaron, y allí quedó, como un fardo sin dirección ni destinatario, sin conocer a nadie, sin un centavo en los bolsillos y sin saber trabajar en oficio alguno. Mientras estuvo allí el vapor, pudo comer, pero después... La ciudad enorme, que se alzaba más allá de las callejuelas llenas de tabernas y posadas pobres, no le atraía; parecía un lugar de esclavitud, sin aire, oscura, sin esa grandeza amplia del mar, y entre cuyas altas paredes y calles rectas la gente vive y muere aturdida por un tráfigo angustioso.

Estaba poseído por la obsesión del mar, que tuerce las vidas más lisas y definidas como un brazo poderoso una delgada varilla. Aunque era muy joven había hecho varios viajes por las costas de América del Sur, en diversos vapores, desempeñando distintos trabajos y faenas, faenas y trabajos que en tierra casi no tenían explicación.

Después que se fue el vapor anduvo, esperando del azar algo que le permitiera vivir de algún modo mientras volvía a sus canchas familiares; pero no encontró nada. El puerto tenía poco movimiento y en los contados vapores en que se trabajaba no lo aceptaron.

Ambulaban por allí infinidad de vagabundos de profesión; marineros sin contrata, como él, desertados de un vapor o prófugos de algún delirio; atorrantes abandonados al ocio, que se mantienen de no se sabe qué, mendigando o robando, pasando los días como las cuentas de un rosario mugriento, esperando quién sabe qué extraños acontecimientos, o no esperando nada, individuos de las razas y pueblos más exóticos y extraños, aun de aquellos en cuya existencia no se cree hasta no haber visto un ejemplar.

*

Al día siguiente, convencido de que no podría resistir mucho más, decidió recurrir a cualquier medio para procurarse alimentos.

Caminando, fue a dar delante de un vapor que había llegado la noche anterior y que cargaba trigo. Una hilera de hombres marchaba, dando la vuelta, al hombro los pesados sacos, desde los vagones, atravesando una planchada, hasta la escotilla de la bodega, donde

los estibadores recibían la carga. Estuvo un rato mirando hasta que atreviose a hablar con el capataz, ofreciéndose. Fue aceptado y animosamente formó parte de la larga fila de cargadores.

Durante el tiempo de la jornada trabajó bien; pero después empezó a sentirse fatigado y le vinieron vahídos, vacilando en la planchada cuando marchaba con la carga al hombro, viendo a sus pies la abertura formada por el costado del vapor y el murallón del muelle, en el fondo de la cual, el mar, manchado de aceite y cubierto de desperdicios, glogloteaba sordamente.

A la hora de almorzar hubo un breve descanso y en tanto que algunos fueron a comer en los figones cercanos y otros comían lo que habían llevado, él se tendió en el suelo a descansar, disimulando su hambre.

Terminó la jornada completamente agotado, cubierto de sudor, reducido ya a lo último. Mientras los trabajadores se retiraban, se sentó en unas bolsas acechando al capataz, y cuando se hubo marchado el último acercose a él y confuso y titubeante, aunque sin contarle lo que le sucedía, le preguntó si podían pagarle inmediatamente o si era posible conseguir un adelanto a cuenta de lo ganado.

Contestole el capataz que la costumbre era pagar al final del trabajo y que todavía sería necesario trabajar el día siguiente para concluir de cargar el vapor. ¡Un día más! Por otro lado, no adelantaban un centavo.

-Pero -le dijo-, si usted necesita, yo podría prestarle unos cuarenta centavos... No tengo más.

Le agradeció el ofrecimiento con una sonrisa angustiosa y se fue. Le acometió entonces una desesperación aguda. ¿Tenía hambre, hambre, hambre! Un hambre que lo doblegaba como un latigazo; veía todo a través de una niebla azul y al andar vacilaba como un borracho. Sin embargo, no había podido quejarse ni gritar, pues su sufrimiento era obscuro y fatigante; no era dolor, sino angustia sorda, acabamiento; le parecía que estaba aplastado por un gran peso. Sintió de pronto como una quemadura en las entrañas, y se detuvo. Se fue inclinando, inclinando, doblándose forzosamente y creyó que iba a caer. En ese instante, como si una ventana se hubiera abierto ante él, vio su casa, el paisaje que se veía desde ella, el rostro de su madre y el de sus hermanos, todo lo que él quería y amaba apareció y desapareció ante sus ojos cerrados por la fatiga... Después, poco a poco, cesó el desvanecimiento y se fue enderezando, mientras la quemadura se enfriaba despacio. Por fin se irguió, respirando profundamente. Una hora más y caería al suelo.

Apuró el paso, como huyendo de un nuevo mareo, y mientras marchaba resolvió ir a comer a cualquier parte, sin pagar, dispuesto a que lo avergonzaran, a que le pegaran, a que lo mandaran preso, a todo; lo importante era comer, comer, comer. Cien veces repitió mentalmente esta palabra; comer, comer, comer, hasta que el vocablo perdió su sentido, dejándole una impresión de vacío caliente en la cabeza.

No pensaba huir; le diría al dueño: "Señor, tenía hambre, hambre, hambre, y no tengo con qué pagar... Haga lo que quiera".

Llegó hasta las primeras calles de la ciudad y en una de ellas encontró una lechería. Era un negocio muy claro y limpio, lleno de mesitas con cubiertas de mármol: Detrás de un mostrador estaba de pie una señora rubia con un delantal blanquísimo.

Eligió ese negocio. La calle era poco transitada. Habría podido comer en uno de los figones que estaban junto al muelle, pero se encontraban llenos de gente que jugaba y bebía.

En la lechería no había sino un cliente. Era un vejete de anteojos, que con la nariz metida entre las hojas de un periódico, leyendo, permanecía inmóvil, como pegado a la silla. Sobre la mesita había un vaso de leche a medio consumir. Esperó que se retirara, paseando por la acera, sintiendo que poco a poco se le encendía en el estómago la quemadura de antes, y esperó cinco, diez, hasta quince minutos. Se cansó y parose a un lado de la puerta, desde donde lanzaba al viejo una miradas que parecían pedradas.

¿Qué diablos leería con tanta atención! Llegó a imaginarse que era un enemigo suyo, quien, sabiendo sus intenciones, se hubiera propuesto entorpecerlas. Le daban ganas de entrar y decirle algo fuerte que le obligara a marcharse, una grosería o una frase que le indicara que no tenía derecho a permanecer una hora sentado, y leyendo, por un gasto reducido.

Por fin el cliente terminó su lectura, o por lo menos, la interrumpió. Se bebió de un sorbo el resto de leche que contenía el vaso, se levantó pausadamente, pagó y dirigióse a la puerta. Salió; era un vejete encorvado, con trazas de carpintero o barnizador.

Apenas estuvo en la calle, afirmóse los anteojos, metió de nuevo la nariz entre las hojas del periódico y se fue, caminando despacio y deteniéndose cada diez pasos para leer con más detenimiento.

Esperó que se alejara y entró. Un momento estuvo parado a la entrada, indeciso, no sabiendo dónde sentarse; por fin eligió una mesa y dirigióse hacia ella; pero a mitad de camino se arrepintió, retrocedió y tropezó en una silla, instalándose después en un rincón.

Acudió la señora, pasó un trapo por la cubierta de la mesa y con voz suave, en la que se notaba un dejo de acento español, le preguntó:

-¿Qué se va a servir?

Sin mirarla, le contestó:

-Un vaso de leche.

-¿Grande?

-Sí, grande.

-¿Solo?

-¿Hay bizcochos?

-No; vainillas.

-Bueno, vainillas.

Cuando la señora se dio vuelta, él se restregó las manos sobre las rodillas, regocijado, como quien tiene frío y va a beber algo caliente. Volvió la señora y colocó ante él un gran vaso de leche y un platito lleno de vainillas, dirigiéndose después a su puesto detrás del mostrador. Su primer impulso fue beberse la leche de un trago y comerse después las vainillas, pero en seguida se arrepintió; sentía que los ojos de la mujer lo miraban con curiosidad. No se atrevía a mirarla; le parecía que, al hacerlo, conocería su estado de ánimo y sus propósitos vergonzosos y él tendría que levantarse e irse, sin probar lo que había pedido.

Pausadamente tomó una vainilla, humedeciola en la leche y le dio un bocado; bebió un sorbo de leche y sintió que la quemadura, ya encendida en su estómago, se apagaba y deshacía. Pero, en seguida, la realidad de su situación desesperada surgió ante él y algo apretado y caliente subió desde su corazón hasta la garganta; se dio cuenta de que iba a sollozar, a sollozar a gritos, y aunque sabía que la señora lo estaba mirando no pudo rechazar ni deshacer aquel nudo ardiente que le estrechaba más y más. Resistió, y mientras resistía comió apresuradamente, como asustado, temiendo que el llanto le impidiera comer. Cuando terminó con la leche y las vainillas se le nublaron los ojos y algo tibio rodó por su nariz, cayendo dentro del vaso. Un terrible sollozo lo sacudió hasta los zapatos. Afirmó la cabeza en las manos y durante mucho rato lloró, lloró con pena, con rabia, con ganas de llorar, como si nunca hubiese llorado.

*

Inclinado estaba y llorando, cuando sintió que una mano le acariciaba la cansada cabeza y que una voz de mujer, con un dulce acento español, le decía:

-Llore, hijo, llore...

Una nueva ola de llanto le arrasó los ojos y lloró con tanta fuerza como la primera vez, pero ahora no angustiosamente, sino con alegría, sintiendo que una gran frescura lo penetraba, apagando eso caliente que le había estrangulado la garganta. Mientras lloraba pareció que su vida y sus sentimientos se limpiaban como un vaso bajo un chorro de agua, recobrando la claridad y firmeza de otros días.

Cuando pasó el acceso de llanto se limpió con su pañuelo los ojos y la cara, ya tranquilo. Levantó la cabeza y miró a la señora, pero ésta no le miraba ya, miraba hacia la calle, a un punto lejano, y su rostro estaba triste. En la mesita, ante él, había un nuevo vaso de leche y otro platillo colmado de vainillas; comió lentamente, sin pensar en nada, como si nada le hubiera pasado, como si estuviera en su casa y su madre fuera esa mujer que estaba detrás del mostrador.

Cuando terminó ya había oscurecido y el negocio se iluminaba con una bombilla eléctrica. Estuvo un rato sentado, pensando en lo que le diría a la señora al despedirse, sin ocurrírsele nada oportuno.

Al fin se levantó y dijo simplemente:

-Muchas gracias, señora; adiós...

-Adiós, hijo... -le contestó ella.

Salió. El viento que venía del mar refrescó su cara, caliente aún por el llanto. Caminó un rato sin dirección, tomando después por una calle que bajaba hacia los muelles. La noche era hermosísima y grandes estrellas aparecían en el cielo de verano.

Pensó en la señora rubia que tan generosamente se había conducido e hizo propósitos de pagarle y recompensarla de una manera digna cuando tuviera dinero; pero estos pensamientos de gratitud se desvanecían junto con el ardor de su rostro, hasta que no quedó ninguno, y el hecho reciente retrocedió y se perdió en los recodos de su vida pasada.

De pronto se sorprendió cantando algo en voz baja. Se irguió alegremente, pisando con firmeza y decisión.

Llegó a la orilla del mar y anduvo de un lado para otro, elásticamente, sintiéndose rehacer, como si sus fuerzas interiores, antes dispersas, se reunieran y amalgamaran sólidamente.

Después la fatiga del trabajo empezó a subirle por las piernas en un lento hormigueo y se sentó sobre un montón de bolsas.

Miró el mar. Las luces del muelle y las de los barcos se extendían por el agua en un reguero rojizo y dorado, temblando suavemente.

Se tendió de espaldas, mirando el cielo largo rato. No tenía ganas de pensar, ni de cantar, ni de hablar. Se sentía vivir, nada más.

Hasta que se quedó dormido con el rostro vuelto hacia el mar.

VIAJE A LA SEMILLA ALEJO CARPENTIER

I

-¿Qué quieres, viejo?...

Varias veces cayó la pregunta de lo alto de los andamios. Pero el viejo no respondía. Andaba de un lugar a otro, fisgoneando, sacándose de la garganta un largo monólogo de frases incomprensibles. Ya habían descendido las tejas, cubriendo los canteros muertos con su mosaico de barro cocido. Arriba, los picos desprendían piedras de mampostería, haciéndolas rodar por canales de madera, con gran revuelo de cales y de yesos. Y por las almenas sucesivas que iban desdentando las murallas aparecían - despojados de su secreto- cielos rasos ovales o cuadrados, cornisas, guirnaldas, denticulos, astrágalos, y papeles encolados que colgaban de los testers como viejas pieles de serpiente en muda. Presenciando la demolición, una Ceres con la nariz rota y el peplo desvaído, vetado de negro el tocado de mieses, se erguía en el traspatio, sobre su fuente de mascarones borrosos. Visitados por el sol en horas de sombra, los peces grises del estanque bostezaban en agua musgosa y tibia, mirando con el ojo redondo aquellos obreros, negros sobre claro de cielo, que iban rebajando la altura secular de la casa. El viejo se había sentado, con el cayado apuntándole la barba, al pie de la estatua. Miraba el subir y bajar de cubos en que viajaban restos apreciables. Oíanse, en sordina, los rumores de la calle mientras, arriba, las poleas concertaban, sobre ritmos de hierro con piedra, sus gorjeos de aves desagradables y pechugonas.

Dieron las cinco. Las cornisas y entablamentos se despoblaron. Sólo quedaron escaleras de mano, preparando el salto del día siguiente. El aire se hizo más fresco, aligerado de sudores, blasfemias, chirridos de cuerdas, ejes que pedían alcuza y palmadas en torsos pringosos. Para la casa mondana el crepúsculo llegaba más pronto. Se vestía de sombras en horas en que su ya caída balastrada superior solía regalar a las fachadas algún relumbre de sol. La Ceres apretaba los labios. Por primera vez las habitaciones dormirían sin persianas, abiertas sobre un paisaje de escombros.

Contrariando sus apetencias, varios capiteles yacían entre las hierbas. Las hojas de acanto descubrían su condición vegetal. Una enredadera aventuró sus tentáculos hacia la voluta jónica, atraída por un aire de familia. Cuando cayó la noche, la casa estaba más cerca de la tierra. Un marco de puerta se erguía aún, en lo alto, con tablas de sombras suspendidas de sus bisagras desorientadas.

II

Entonces el negro viejo, que no se había movido, hizo gestos extraños, volteando su cayado sobre un cementerio de baldosas.

Los cuadrados de mármol, blancos y negros, volaron a los pisos, vistiendo la tierra. Las piedras con saltos certeros, fueron a cerrar los boquetes de las murallas. Hojas de nogal claveteadas se encajaron en sus marcos, mientras los tornillos de las charnelas volvían a hundirse en sus hoyos, con rápida rotación.

En los canteros muertos, levantadas por el esfuerzo de las flores, las tejas juntaron sus fragmentos, alzando un sonoro torbellino de barro, para caer en lluvia sobre la armadura del techo. La casa creció, traída nuevamente a sus proporciones habituales, pudorosa y vestida. La Ceres fue menos gris. Hubo más peces en la fuente. Y el murmullo del agua llamó begonias olvidadas.

El viejo introdujo una llave en la cerradura de la puerta principal, y comenzó a abrir ventanas. Sus tacones sonaban a hueco. Cuando encendió los velones, un estremecimiento amarillo corrió por el óleo de los retratos de familia, y gentes vestidas de negro murmuraron en todas las galerías, al compás de cucharas movidas en jícaras de chocolate.

Don Marcial, el Marqués de Capellanías, yacía en su lecho de muerte, el pecho acorazado de medallas, escoltado por cuatro cirios con largas barbas de cera derretida

III

Los cirios crecieron lentamente, perdiendo sudores. Cuando recobraron su tamaño, los apagó la monja apartando una lumbre. Las mechas blanquearon, arrojando el pabilo. La casa se vació de visitantes y los carruajes partieron en la noche. Don Marcial pulsó un teclado invisible y abrió los ojos.

Confusas y revueltas, las vigas del techo se iban colocando en su lugar. Los pomos de medicina, las borlas de damasco, el escapulario de la cabecera, los daguerrotipos, las palmas de la reja, salieron de sus nieblas. Cuando el médico movió la cabeza con desconsuelo profesional, el enfermo se sintió mejor. Durmió algunas horas y despertó bajo la mirada negra y cejuda del Padre Anastasio. De franca, detallada, poblada de pecados, la confesión se hizo reticente, penosa, llena de escondrijos. ¿Y qué derecho tenía, en el fondo, aquel carmelita, a entrometerse en su vida? Don Marcial se encontró, de pronto, tirado en medio del aposento. Aligerado de un peso en las sienes, se levantó con sorprendente celeridad. La mujer desnuda que se desperezaba sobre el brocado del lecho buscó enaguas y corpiños, llevándose, poco después, sus rumores de seda estrujada y su perfume. Abajo, en el coche cerrado, cubriendo tachuelas del asiento, había un sobre con monedas de oro.

Don Marcial no se sentía bien. Al arreglarse la corbata frente a la luna de la consola se vio congestionado. Bajó al despacho donde lo esperaban hombres de justicia, abogados y escribientes, para disponer la venta pública de la casa. Todo había sido inútil. Sus pertenencias se irían a manos del mejor postor, al compás de martillo golpeando una tabla. Saludó y le dejaron solo. Pensaba en los

misterios de la letra escrita, en esas hebras negras que se enlazan y desenlazan sobre anchas hojas afiligranadas de balanzas, enlazando y desenlazando compromisos, juramentos, alianzas, testimonios, declaraciones, apellidos, títulos, fechas, tierras, árboles y piedras; maraña de hilos, sacada del tintero, en que se enredaban las piernas del hombre, vedándole caminos desestimados por la Ley; cordón al cuello, que apretaban su sordina al percibir el sonido temible de las palabras en libertad. Su firma lo había traicionado, yendo a complicarse en nudo y enredos de legajos. Atado por ella, el hombre de carne se hacía hombre de papel. Era el amanecer. El reloj del comedor acababa de dar la seis de la tarde.

IV

Transcurrieron meses de luto, ensombrecidos por un remordimiento cada vez mayor. Al principio, la idea de traer una mujer a aquel aposento se le hacía casi razonable. Pero, poco a poco, las apetencias de un cuerpo nuevo fueron desplazadas por escrúpulos crecientes, que llegaron al flagelo. Cierta noche, Don Marcial se ensangrentó las carnes con una correa, sintiendo luego un deseo mayor, pero de corta duración. Fue entonces cuando la Marquesa volvió, una tarde, de su paseo a las orillas del Almendares. Los caballos de la calesa no traían en las crines más humedad que la del propio sudor. Pero, durante todo el resto del día, dispararon coces a las tablas de la cuadra, irritados, al parecer, por la inmovilidad de nubes bajas.

Al crepúsculo, una tinaja llena de agua se rompió en el baño de la Marquesa. Luego, las lluvias de mayo rebosaron el estanque. Y aquella negra vieja, con tacha de cimarrona y palomas debajo de la cama, que andaba por el patio murmurando: "¡Desconfía de los ríos, niña; desconfía de lo verde que corre!" No había día en que el agua no revelara su presencia. Pero esa presencia acabó por no ser más que una jícara derramada sobre el vestido traído de París, al regreso del baile aniversario dado por el Capitán General de la Colonia.

Reaparecieron muchos parientes. Volvieron muchos amigos. Ya brillaban, muy claras, las arañas del gran salón. Las grietas de la fachada se iban cerrando. El piano regresó al clavicordio. Las palmas perdían anillos. Las enredaderas saltaban la primera cornisa. Blanquearon las ojeras de la Ceres y los capiteles parecieron recién tallados. Más fogoso Marcial solía pasarse tardes enteras abrazando a la Marquesa. Borrábanse patas de gallina, ceños y papadas, y las carnes tornaban a su dureza. Un día, un olor de pintura fresca llenó la casa.

V

Los rubores eran sinceros. Cada noche se abrían un poco más las hojas de los biombos, las faldas caían en rincones menos alumbrados y eran nuevas barreras de encajes. Al fin la Marquesa sopló las lámparas. Sólo él habló en la obscuridad. Partieron para el ingenio, en gran tren de calesas -relumbrante de grupas alazanas, bocados de plata y charoles al sol. Pero, a la sombra de las flores de Pascua que enrojecían el soportal interior de la vivienda, advirtieron que se conocían apenas. Marcial autorizó danzas y tambores de Nación, para distraerse un poco en aquellos días olientes a perfumes de Colonia, baños de benjuí, cabelleras esparcidas, y sábanas sacadas de armarios que, al abrirse, dejaban caer sobre las lozas un mazo de vetiver. El vaho del guarapo giraba en la brisa con el toque de oración. Volando bajo, las auras anunciaban lluvias reticentes, cuyas primeras gotas, anchas y sonoras, eran sorbidas por tejas tan secas que tenían diapasón de cobre. Después de un amanecer alargado por un abrazo deslucido, aliviados de desconciertos y cerrada la herida, ambos regresaron a la ciudad. La Marquesa trocó su vestido de viaje por un traje de novia, y, como era costumbre, los esposos fueron a la iglesia para recobrar su libertad. Se devolvieron presentes a parientes y amigos, y, con revuelo de bronces y alardes de jaeces, cada cual tomó la calle de su morada. Marcial siguió visitando a María de las Mercedes por algún tiempo, hasta el día en que los anillos fueron llevados al taller del orfebre para ser desgrabados. Comenzaba, para Marcial, una vida nueva. En la casa de las rejas, la Ceres fue sustituida por una Venus italiana, y los mascarones de la fuente adelantaron casi imperceptiblemente el relieve al ver todavía encendidas, pintada ya el alba, las luces de los velones.

VI

Una noche, después de mucho beber y marearse con tufos de tabaco frío, dejados por sus amigos, Marcial tuvo la sensación extraña de que los relojes de la casa daban las cinco, luego las cuatro y media, luego las cuatro, luego las tres y media... Era como la percepción remota de otras posibilidades. Como cuando se piensa, en enervamiento de vigilia, que puede andarse sobre el cielo raso con el piso por cielo raso, entre muebles firmemente asentados entre las vigas del techo. Fue una impresión fugaz, que no dejó la menor huella en su espíritu, poco llevado, ahora, a la meditación.

Y hubo un gran sarao, en el salón de música, el día en que alcanzó la minoría de edad. Estaba alegre, al pensar que su firma había dejado de tener un valor legal, y que los registros y escribanías, con sus polillas, se borraban de su mundo. Llegaba al punto en que los tribunales dejan de ser temibles para quienes tienen una carne desestimada por los códigos. Luego de achisparse con vinos generosos, los jóvenes descolgaron de la pared una guitarra incrustada de nácar, un salterio y un serpentón. Alguien dio cuerda al reloj que tocaba la Tirolesa de las Vacas y la Balada de los Lagos de Escocia.

Otro embocó un cuerno de caza que dormía, enroscado en su cobre, sobre los fieltros encarnados de la vitrina, al lado de la flauta transversa traída de Aranjuez. Marcial, que estaba requebrando atrevidamente a la de Campoflorido, se sumó al guirigay, buscando en el teclado, sobre bajos falsos, la melodía del Trípli-Trápala. Y subieron todos al desván, de pronto, recordando que allá, bajo vigas

que iban recobrando el repello, se guardaban los trajes y libreas de la Casa de Capellanías. En entrepaños escarchados de alcanfor descansaban los vestidos de corte, un espadín de Embajador, varias guerreras emplastradas, el manto de un Príncipe de la Iglesia, y largas casacas, con botones de damasco y difuminos de humedad en los pliegues. Matizáronse las penumbras con cintas de amaranto, miriñaques amarillos, túnicas marchitas y flores de terciopelo. Un traje de chispero con redecilla de borlas, nacido en una mascarada de carnaval, levantó aplausos.

La de Campoflorido redondeó los hombros empolvados bajo un rebozo de color de carne criolla, que sirviera a cierta abuela, en noche de grandes decisiones familiares, para avivar los amansados fuegos de un rico Síndico de Clarisas.

Disfrazados regresaron los jóvenes al salón de música. Tocado con un tricornio de regidor, Marcial pegó tres bastonazos en el piso, y se dio comienzo a la danza de la valse, que las madres hallaban terriblemente impropio de señoritas, con eso de dejarse enlazar por la cintura, recibiendo manos de hombre sobre las ballenas del corset que todas se habían hecho según el reciente patrón de "El Jardín de las Modas". Las puertas se oscurecieron de fámulas, cuadrerizos, sirvientes, que venían de sus lejanas dependencias y de los entresuelos sofocantes para admirarse ante fiesta de tanto alboroto. Luego se jugó a la gallina ciega y al escondite. Marcial, oculto con la de Campoflorido detrás de un biombo chino, le estampó un beso en la nuca, recibiendo en respuesta un pañuelo perfumado, cuyos encajes de Bruselas guardaban suaves tibiezas de escote. Y cuando las muchachas se alejaron en las luces del crepúsculo, hacia las atalayas y torreones que se pintaban en grisnegro sobre el mar, los mozos fueron a la Casa de Baile, donde tan sabrosamente se contoneaban las mulatas de grandes ajorcas, sin perder nunca -así fuera de movida una guaracha- sus zapatillas de alto tacón. Y como se estaba en carnavales, los del Cabildo Arará Tres Ojos levantaban un trueno de tambores tras de la pared medianera, en un patio sembrado de granados. Subidos en mesas y taburetes, Marcial y sus amigos alabaron el garbo de una negra de pasas entrecanas, que volvía a ser hermosa, casi deseable, cuando miraba por sobre el hombro, bailando con altivo mohín de reto.

VII

Las visitas de Don Abundio, notario y albacea de la familia, eran más frecuentes. Se sentaba gravemente a la cabecera de la cama de Marcial, dejando caer al suelo su bastón de ácana para despertarlo antes de tiempo. Al abrirse, los ojos tropezaban con una levita de alpaca, cubierta de caspa, cuyas mangas lustrosas recogían títulos y rentas. Al fin sólo quedó una pensión razonable, calculada para poner coto a toda locura. Fue entonces cuando Marcial quiso ingresar en el Real Seminario de San Carlos.

Después de mediocres exámenes, frecuentó los claustros, comprendiendo cada vez menos las explicaciones de los dómines. El mundo de las ideas se iba despoblando. Lo que había sido, al principio, una ecuménica asamblea de peplos, jubones, golos y pelucas, controversistas y ergotantes, cobraba la inmovilidad de un museo de figuras de cera. Marcial se contentaba ahora con una exposición escolástica de los sistemas, aceptando por bueno lo que se dijera en cualquier texto. "León", "Avestruz", "Ballena", "Jaguar", leíase sobre los grabados en cobre de la Historia Natural. Del mismo modo, "Aristóteles", "Santo Tomás", "Bacon", "Descartes", encabezaban páginas negras, en que se catalogaban aburridamente las interpretaciones del universo, al margen de una capitular espesa. Poco a poco, Marcial dejó de estudiarlas, encontrándose librado de un gran peso. Su mente se hizo alegre y ligera, admitiendo tan sólo un concepto instintivo de las cosas. ¿Para qué pensar en el prisma, cuando la luz clara de invierno daba mayores detalles a las fortalezas del puerto? Una manzana que cae del árbol sólo es incitación para los dientes. Un pie en una bañera no pasa de ser un pie en una bañera. El día que abandonó el Seminario, olvidó los libros. El gnomon recobró su categoría de duende: el espectro fue sinónimo de fantasma; el octandro era bicho acorazado, con púas en el lomo.

Varias veces, andando pronto, inquieto el corazón, había ido a visitar a las mujeres que cuchicheaban, detrás de puertas azules, al pie de las murallas. El recuerdo de la que llevaba zapatillas bordadas y hojas de albahaca en la oreja lo perseguía, en tardes de calor, como un dolor de muelas. Pero, un día, la cólera y las amenazas de un confesor le hicieron llorar de espanto. Cayó por última vez en las sábanas del infierno, renunciando para siempre a sus rodeos por calles poco concurridas, a sus cobardías de última hora que le hacían regresar con rabia a su casa, luego de dejar a sus espaldas cierta acera rajada, señal, cuando andaba con la vista baja, de la media vuelta que debía darse por hollar el umbral de los perfumes.

Ahora vivía su crisis mística, poblada de detentes, corderos pascuales, palomas de porcelana, Vírgenes de manto azul celeste, estrellas de papel dorado, Reyes Magos, ángeles con alas de cisne, el Asno, el Buey, y un terrible San Dionisio que se le aparecía en sueños, con un gran vacío entre los hombros y el andar vacilante de quien busca un objeto perdido. Tropezaba con la cama y Marcial despertaba sobresaltado, echando mano al rosario de cuentas sordas. Las mechas, en sus pocillos de aceite, daban luz triste a imágenes que recobraban su color primero.

VIII

Los muebles crecían. Se hacía más difícil sostener los antebrazos sobre el borde de la mesa del comedor. Los armarios de cornisas labradas ensanchaban el frontis. Alargando el torso, los moros de la escalera acercaban sus antorchas a los balaustres del rellano. Las butacas eran más hondas y los sillones de mecedora tenían tendencia a irse para atrás. No había ya que doblar las piernas al recostarse en el fondo de la bañera con anillas de mármol.

Una mañana en que leía un libro licenciado, Marcial tuvo ganas, súbitamente, de jugar con los soldados de plomo que dormían en sus cajas de madera. Volvió a ocultar el tomo bajo la jofaina del lavabo, y abrió una gaveta sellada por las telarañas. La mesa de estudio

era demasiado exigua para dar cabida a tanta gente. Por ello, Marcial se sentó en el piso. Dispuso los granaderos por filas de ocho. Luego, los oficiales a caballo, rodeando al abanderado. Detrás, los artilleros, con sus cañones, escobillones y botafuegos. Cerrando la marcha, pífanos y timbales, con escolta de redoblantes. Los morteros estaban dotados de un resorte que permitía lanzar bolas de vidrio a más de un metro de distancia.

-¡Pum!... ¡Pum!... ¡Pum!...

Caían caballos, caían abanderados, caían tambores. Hubo de ser llamado tres veces por el negro Eligio, para decidirse a lavarse las manos y bajar al comedor.

Desde ese día, Marcial conservó el hábito de sentarse en el enlosado. Cuando percibió las ventajas de esa costumbre, se sorprendió por no haberlo pensando antes. Afectas al terciopelo de los cojines, las personas mayores sudan demasiado. Algunas huelen a notario -como Don Abundio- por no conocer, con el cuerpo echado, la frialdad del mármol en todo tiempo. Sólo desde el suelo pueden abarcarse totalmente los ángulos y perspectivas de una habitación. Hay bellezas de la madera, misteriosos caminos de insectos, rincones de sombra, que se ignoran a altura de hombre. Cuando llovía, Marcial se ocultaba debajo del clavicordio. Cada trueno hacía temblar la caja de resonancia, poniendo todas las notas a cantar. Del cielo caían los rayos para construir aquella bóveda de calderones -órgano, pinar al viento, mandolina de grillos.

IX

Aquella mañana lo encerraron en su cuarto. Oyó murmullos en toda la casa y el almuerzo que le sirvieron fue demasiado suculento para un día de semana. Había seis pasteles de la confitería de la Alameda -cuando sólo dos podían comerse, los domingos, después de misa. Se entretuvo mirando estampas de viaje, hasta que el abejeo creciente, entrando por debajo de las puertas, le hizo mirar entre persianas. Llegaban hombres vestidos de negro, portando una caja con agarraderas de bronce.

Tuvo ganas de llorar, pero en ese momento apareció el calesero Melchor, luciendo sonrisa de dientes en lo alto de sus botas sonoras. Comenzaron a jugar al ajedrez. Melchor era caballo. Él, era Rey. Tomando las losas del piso por tablero, podía avanzar de una en una, mientras Melchor debía saltar una de frente y dos de lado, o viceversa. El juego se prolongó hasta más allá del crepúsculo, cuando pasaron los Bomberos del Comercio.

Al levantarse, fue a besar la mano de su padre que yacía en su cama de enfermo. El Marqués se sentía mejor, y habló a su hijo con el empaque y los ejemplos usuales. Los "Sí, padre" y los "No, padre", se encajaban entre cuenta y cuenta del rosario de preguntas, como las respuestas del ayudante en una misa. Marcial respetaba al Marqués, pero era por razones que nadie hubiera acertado a suponer. Lo respetaba porque era de elevada estatura y salía, en noches de baile, con el pecho rutilante de condecoraciones: porque le envidiaba el sable y los entorchados de oficial de milicias; porque, en Pascuas, había comido un pavo entero, relleno de almendras y pasas, ganando una apuesta; porque, cierta vez, sin duda con el ánimo de azotarla, agarró a una de las mulatas que barrían la rotonda, llevándola en brazos a su habitación. Marcial, oculto detrás de una cortina, la vio salir poco después, llorosa y desabrochada, alegrándose del castigo, pues era la que siempre vaciaba las fuentes de compota devueltas a la alacena.

El padre era un ser terrible y magnánimo al que debía amarse después de Dios. Para Marcial era más Dios que Dios, porque sus dones eran cotidianos y tangibles. Pero prefería el Dios del cielo, porque fastidiaba menos.

X

Cuando los muebles crecieron un poco más y Marcial supo como nadie lo que había debajo de las camas, armarios y vargueños, ocultó a todos un gran secreto: la vida no tenía encanto fuera de la presencia del calesero Melchor. Ni Dios, ni su padre, ni el obispo dorado de las procesiones del Corpus, eran tan importantes como Melchor.

Melchor venía de muy lejos. Era nieto de príncipes vencidos. En su reino había elefantes, hipopótamos, tigres y jirafas. Ahí los hombres no trabajaban, como Don Abundio, en habitaciones oscuras, llenas de legajos. Vivían de ser más astutos que los animales. Uno de ellos sacó el gran cocodrilo del lago azul, ensartándolo con una pica oculta en los cuerpos apretados de doce ocas asadas. Melchor sabía canciones fáciles de aprender, porque las palabras no tenían significado y se repetían mucho. Robaba dulces en las cocinas; se escapaba, de noche, por la puerta de los cuadrerizos, y, cierta vez, había apedreado a los de la guardia civil, desapareciendo luego en las sombras de la calle de la Amargura.

En días de lluvia, sus botas se ponían a secar junto al fogón de la cocina. Marcial hubiese querido tener pies que llenaran tales botas. La derecha se llamaba Calambín. La izquierda, Calambán. Aquel hombre que dominaba los caballos cerreros con sólo encajarles dos dedos en los belfos; aquel señor de terciopelos y espuelas, que lucía chisteras tan altas, sabía también lo fresco que era un suelo de mármol en verano, y ocultaba debajo de los muebles una fruta o un pastel arrebatados a las bandejas destinadas al Gran Salón. Marcial y Melchor tenían en común un depósito secreto de grageas y almendras, que llamaban el "Urí, urí, urá", con entendidas carcajadas. Ambos habían explorado la casa de arriba abajo, siendo los únicos en saber que existía un pequeño sótano lleno de frascos holandeses, debajo de las cuerdas, y que en desván inútil, encima de los cuartos de criadas, doce mariposas polvorientas acababan de perder las alas en caja de cristales rotos.

XI

Cuando Marcial adquirió el hábito de romper cosas, olvidó a Melchor para acercarse a los perros. Había varios en la casa. El atigrado grande; el podenco que arrastraba las tetas; el galgo, demasiado viejo para jugar; el lanudo que los demás perseguían en épocas determinadas, y que las camareras tenían que encerrar.

Marcial prefería a Canelo porque sacaba zapatos de las habitaciones y desenterraba los rosales del patio. Siempre negro de carbón o cubierto de tierra roja, devoraba la comida de los demás, chillaba sin motivo y ocultaba huesos robados al pie de la fuente. De vez en cuando, también, vaciaba un huevo acabado de poner, arrojando la gallina al aire con brusco palancazo del hocico. Todos daban de patadas al Canelo. Pero Marcial se enfermaba cuando se lo llevaban. Y el perro volvía triunfante, moviendo la cola, después de haber sido abandonado más allá de la Casa de Beneficencia, recobrando un puesto que los demás, con sus habilidades en la caza o desvelos en la guardia, nunca ocuparían.

Canelo y Marcial orinaban juntos. A veces escogían la alfombra persa del salón, para dibujar en su lana formas de nubes pardas que se ensanchaban lentamente. Eso costaba castigo de cintarazos.

Pero los cintarazos no dolían tanto como creían las personas mayores. Resultaban, en cambio, pretexto admirable para armar concertantes de aullidos, y provocar la compasión de los vecinos. Cuando la bizca del tejadillo calificaba a su padre de "bárbaro", Marcial miraba a Canelo, riendo con los ojos. Lloraban un poco más, para ganarse un bizcocho y todo quedaba olvidado. Ambos comían tierra, se revolcaban al sol, bebían en la fuente de los peces, buscaban sombra y perfume al pie de las albahacas. En horas de calor, los canteros húmedos se llenaban de gente. Ahí estaba la gansa gris, con bolsa colgante entre las patas zambas; el gallo viejo de culo pelado; la lagartija que decía "urí, urá", sacándose del cuello una corbata rosada; el triste jubo nacido en ciudad sin hembras; el ratón que tapiaba su agujero con una semilla de carey. Un día señalaron el perro a Marcial.

-¡Guau, guau! -dijo.

Hablabla su propio idioma. Había logrado la suprema libertad. Ya quería alcanzar, con sus manos, objetos que estaban fuera del alcance de sus manos.

XII

Hambre, sed, calor, dolor, frío. Apenas Marcial redujo su percepción a la de estas realidades esenciales, renunció a la luz que ya le era accesoria. Ignoraba su nombre. Retirado el bautismo, con su sal desagradable, no quiso ya el olfato, ni el oído, ni siquiera la vista. Sus manos rozaban formas placenteras. Era un ser totalmente sensible y táctil. El universo le entraba por todos los poros. Entonces cerró los ojos que sólo divisaban gigantes nebulosos y penetró en un cuerpo caliente, húmedo, lleno de tinieblas, que moría. El cuerpo, al sentirlo arrebozado con su propia sustancia, resbaló hacia la vida.

Pero ahora el tiempo corrió más pronto, adelgazando sus últimas horas. Los minutos sonaban a glissando de naipes bajo el pulgar de un jugador.

Las aves volvieron al huevo en torbellino de plumas. Los peces cuajaron la hueva, dejando una nevada de escamas en el fondo del estanque. Las palmas doblaron las pencas, desapareciendo en la tierra como abanicos cerrados. Los tallos sorbían sus hojas y el suelo tiraba de todo lo que le perteneciera. El trueno retumbaba en los corredores. Crecían pelos en la gamuza de los guantes. Las mantas de lana se destejían, redondeando el vellón de carneros distantes. Los armarios, los vargueños, las camas, los crucifijos, las mesas, las persianas, salieron volando en la noche, buscando sus antiguas raíces al pie de las selvas.

Todo lo que tuviera clavos se desmoronaba. Un bergantín, anclado no se sabía dónde, llevó presurosamente a Italia los mármoles del piso y de la fuente. Las panoplias, los herrajes, las llaves, las cazuelas de cobre, los bocados de las cuerdas, se derretían, engrosando un río de metal que galerías sin techo canalizaban hacia la tierra. Todo se metamorfoseaba, regresando a la condición primera. El barro volvió al barro, dejando un yermo en lugar de la casa.

XIII

Cuando los obreros vinieron con el día para proseguir la demolición, encontraron el trabajo acabado. Alguien se había llevado la estatua de Ceres, vendida la víspera a un anticuario. Después de quejarse al Sindicato, los hombres fueron a sentarse en los bancos de un parque municipal. Uno recordó entonces la historia, muy difuminada, de una Marquesa de Capellanías, ahogada, en tarde de mayo, entre las malangas del Almendares. Pero nadie prestaba atención al relato, porque el sol viajaba de oriente a occidente, y las horas que crecen a la derecha de los relojes deben alargarse por la pereza, ya que son las que más seguramente llevan a la muerte.

LA NOCHE BOCA ARRIBA JULIO CORTÁZAR

*Y salían en ciertas épocas a cazar enemigos;
le llamaban la guerra florida.*

A mitad del largo zaguán del hotel pensó que debía ser tarde y se apuró a salir a la calle y sacar la motocicleta del rincón donde el portero de al lado le permitía guardarla. En la joyería de la esquina vio que eran las nueve menos diez; llegaría con tiempo sobrado a donde iba. El sol se filtraba entre los altos edificios del centro, y él -porque para sí mismo, para ir pensando, no tenía nombre- montó en la máquina saboreando el paseo. La moto ronroneaba entre sus piernas, y un viento fresco le chicoteaba los pantalones.

Dejó pasar los ministerios (el rosa, el blanco) y la serie de comercios con brillantes vitrinas de la calle Central. Ahora entraba en la parte más agradable del trayecto, el verdadero paseo: una calle larga, bordeada de árboles, con poco tráfico y amplias villas que dejaban venir los jardines hasta las aceras, apenas demarcadas por setos bajos. Quizá algo distraído, pero corriendo por la derecha como correspondía, se dejó llevar por la tersura, por la leve crispación de ese día apenas empezado. Tal vez su involuntario relajamiento le impidió prevenir el accidente. Cuando vio que la mujer parada en la esquina se lanzaba a la calzada a pesar de las luces verdes, ya era tarde para las soluciones fáciles. Frenó con el pie y con la mano, desviándose a la izquierda; oyó el grito de la mujer, y junto con el choque perdió la visión. Fue como dormirse de golpe.

Volvió bruscamente del desmayo. Cuatro o cinco hombres jóvenes lo estaban sacando de debajo de la moto. Sentía gusto a sal y sangre, le dolía una rodilla y cuando lo alzaron gritó, porque no podía soportar la presión en el brazo derecho. Voces que no parecían pertenecer a las caras suspendidas sobre él, lo alentaban con bromas y seguridades. Su único alivio fue oír la confirmación de que había estado en su derecho al cruzar la esquina. Preguntó por la mujer, tratando de dominar la náusea que le ganaba la garganta. Mientras lo llevaban boca arriba hasta una farmacia próxima, supo que la causante del accidente no tenía más que rasguños en las piernas. "Usted la agarró apenas, pero el golpe le hizo saltar la máquina de costado..."; Opiniones, recuerdos, despacio, éntrenlo de espaldas, así va bien, y alguien con guardapolvo dándole de beber un trago que lo alivió en la penumbra de una pequeña farmacia de barrio.

La ambulancia policial llegó a los cinco minutos, y lo subieron a una camilla blanda donde pudo tenderse a gusto. Con toda lucidez, pero sabiendo que estaba bajo los efectos de un shock terrible, dio sus señas al policía que lo acompañaba. El brazo casi no le dolía; de una cortadura en la ceja goteaba sangre por toda la cara. Una o dos veces se lamió los labios para beberla. Se sentía bien, era un accidente, mala suerte; unas semanas quieto y nada más. El vigilante le dijo que la motocicleta no parecía muy estropeada. "Natural", dijo él. "Como que me la ligué encima..." Los dos rieron y el vigilante le dio la mano al llegar al hospital y le deseó buena suerte. Ya la náusea volvía poco a poco; mientras lo llevaban en una camilla de ruedas hasta un pabellón del fondo, pasando bajo árboles llenos de pájaros, cerró los ojos y deseó estar dormido o cloroformado. Pero lo tuvieron largo rato en una pieza con olor a hospital, llenando una ficha, quitándole la ropa y vistiéndolo con una camisa grisácea y dura. Le movían cuidadosamente el brazo, sin que le doliera. Las enfermeras bromeaban todo el tiempo, y si no hubiera sido por las contracciones del estómago se habría sentido muy bien, casi contento.

Lo llevaron a la sala de radio, y veinte minutos después, con la placa todavía húmeda puesta sobre el pecho como una lápida negra, pasó a la sala de operaciones. Alguien de blanco, alto y delgado, se le acercó y se puso a mirar la radiografía. Manos de mujer le acomodaban la cabeza, sintió que lo pasaban de una camilla a otra. El hombre de blanco se le acercó otra vez, sonriendo, con algo que le brillaba en la mano derecha. Le palmeó la mejilla e hizo una seña a alguien parado atrás.

Como sueño era curioso porque estaba lleno de olores y él nunca soñaba olores. Primero un olor a pantano, ya que a la izquierda de la calzada empezaban las marismas, los tembladerales de donde no volvía nadie. Pero el olor cesó, y en cambio vino una fragancia compuesta y oscura como la noche en que se movía huyendo de los aztecas. Y todo era tan natural, tenía que huir de los aztecas que andaban a caza de hombre, y su única probabilidad era la de esconderse en lo más denso de la selva, cuidando de no apartarse de la estrecha calzada que sólo ellos, los motecas, conocían.

Lo que más lo torturaba era el olor, como si aun en la absoluta aceptación del sueño algo se revelara contra eso que no era habitual, que hasta entonces no había participado del juego. "Huele a guerra", pensó, tocando instintivamente el puñal de piedra atravesado en su ceñidor de lana tejida. Un sonido inesperado lo hizo agacharse y quedar inmóvil, temblando. Tener miedo no era extraño, en sus sueños abundaba el miedo. Esperó, tapado por las ramas de un arbusto y la noche sin estrellas. Muy lejos, probablemente del otro lado del gran lago, debían estar ardiendo fuegos de vivac; un resplandor rojizo teñía esa parte del cielo. El sonido no se repitió. Había sido como una rama quebrada. Tal vez un animal que escapaba como él del olor a guerra. Se enderezó despacio, venteando. No se

oía nada, pero el miedo seguía allí como el olor, ese incienso dulzón de la guerra florida. Había que seguir, llegar al corazón de la selva evitando las ciénagas. A tientas, agachándose a cada instante para tocar el suelo más duro de la calzada, dio algunos pasos. Hubiera querido echar a correr, pero los tembladerales palpitaban a su lado. En el sendero en tinieblas, buscó el rumbo. Entonces sintió una bocanada del olor que más temía, y saltó desesperado hacia adelante.

-Se va a caer de la cama -dijo el enfermo de la cama de al lado-. No brinque tanto, amigazo.

Abrió los ojos y era de tarde, con el sol ya bajo en los ventanales de la larga sala. Mientras trataba de sonreír a su vecino, se despegó casi físicamente de la última visión de la pesadilla. El brazo, enyesado, colgaba de un aparato con pesas y poleas. Sintió sed, como si hubiera estado corriendo kilómetros, pero no querían darle mucha agua, apenas para mojarse los labios y hacer un buche. La fiebre lo iba ganando despacio y hubiera podido dormirse otra vez, pero saboreaba el placer de quedarse despierto, entornados los ojos, escuchando el diálogo de los otros enfermos, respondiendo de cuando en cuando a alguna pregunta. Vio llegar un carrito blanco que pusieron al lado de su cama, una enfermera rubia le frotó con alcohol la cara anterior del muslo, y le clavó una gruesa aguja conectada con un tubo que subía hasta un frasco lleno de líquido opalino. Un médico joven vino con un aparato de metal y cuero que le ajustó al brazo sano para verificar alguna cosa. Caía la noche, y la fiebre lo iba arrastrando blandamente a un estado donde las cosas tenían un relieve como de gemelos de teatro, eran reales y dulces y a la vez ligeramente repugnantes; como estar viendo una película aburrida y pensar que sin embargo en la calle es peor; y quedarse.

Vino una taza de maravilloso caldo de oro oliendo a puerro, a apio, a perejil. Un trocito de pan, más precioso que todo un banquete, se fue desmigajando poco a poco. El brazo no le dolía nada y solamente en la ceja, donde lo habían suturado, chirriaba a veces una punzada caliente y rápida. Cuando los ventanales de enfrente viraron a manchas de un azul oscuro, pensó que no iba a ser difícil dormirse. Un poco incómodo, de espaldas, pero al pasarse la lengua por los labios resechos y calientes sintió el sabor del caldo, y suspiró de felicidad, abandonándose.

Primero fue una confusión, un atraer hacia sí todas las sensaciones por un instante embotadas o confundidas. Comprendía que estaba corriendo en plena oscuridad, aunque arriba el cielo cruzado de copas de árboles era menos negro que el resto. "La calzada", pensó. "Me salí de la calzada." Sus pies se hundían en un colchón de hojas y barro, y ya no podía dar un paso sin que las ramas de los arbustos le azotaran el torso y las piernas. Jadeante, sabiéndose acorralado a pesar de la oscuridad y el silencio, se agachó para escuchar. Tal vez la calzada estaba cerca, con la primera luz del día iba a verla otra vez. Nada podía ayudarlo ahora a encontrarla. La mano que sin saberlo él aferraba el mango del puñal, subió como un escorpión de los pantanos hasta su cuello, donde colgaba el amuleto protector. Moviendo apenas los labios musitó la plegaria del maíz que trae las lunas felices, y la súplica a la Muy Alta, a la dispensadora de los bienes motecas. Pero sentía al mismo tiempo que los tobillos se le estaban hundiendo despacio en el barro, y la espera en la oscuridad del chaparral desconocido se le hacía insoportable. La guerra florida había empezado con la luna y llevaba ya tres días y tres noches. Si conseguía refugiarse en lo profundo de la selva, abandonando la calzada más allá de la región de las ciénagas, quizá los guerreros no le siguieran el rastro. Pensó en la cantidad de prisioneros que ya habrían hecho. Pero la cantidad no contaba, sino el tiempo sagrado. La caza continuaría hasta que los sacerdotes dieran la señal del regreso. Todo tenía su número y su fin, y él estaba dentro del tiempo sagrado, del otro lado de los cazadores.

Oyó los gritos y se enderezó de un salto, puñal en mano. Como si el cielo se incendiara en el horizonte, vio antorchas moviéndose entre las ramas, muy cerca. El olor a guerra era insoportable, y cuando el primer enemigo le saltó al cuello casi sintió placer en hundirle la hoja de piedra en pleno pecho. Ya lo rodeaban las luces y los gritos alegres. Alcanzó a cortar el aire una o dos veces, y entonces una soga lo atrapó desde atrás.

-Es la fiebre -dijo el de la cama de al lado-. A mí me pasaba igual cuando me operé del duodeno. Tome agua y va a ver que duerme bien.

Al lado de la noche de donde volvía, la penumbra tibia de la sala le pareció deliciosa. Una lámpara violeta velaba en lo alto de la pared del fondo como un ojo protector. Se oía toser, respirar fuerte, a veces un diálogo en voz baja. Todo era grato y seguro, sin acoso, sin... Pero no quería seguir pensando en la pesadilla. Había tantas cosas en qué entretenerse. Se puso a mirar el yeso del brazo, las poleas que tan cómodamente se lo sostenían en el aire. Le habían puesto una botella de agua mineral en la mesa de noche. Bebió del gollote, golosamente. Distinguía ahora las formas de la sala, las treinta camas, los armarios con vitrinas. Ya no debía tener tanta fiebre, sentía fresca la cara. La ceja le dolía apenas, como un recuerdo. Se vio otra vez saliendo del hotel, sacando la moto. ¿Quién hubiera pensado que la cosa iba a acabar así? Trataba de fijar el momento del accidente, y le dio rabia advertir que había ahí como un hueco, un vacío que no alcanzaba a rellenar. Entre el choque y el momento en que lo habían levantado del suelo, un desmayo o lo que fuera no le dejaba ver nada. Y al mismo tiempo tenía la sensación de que ese hueco, esa nada, había durado una eternidad. No, ni siquiera tiempo, más bien como si en ese hueco él hubiera pasado a través de algo o recorrido distancias inmensas. El choque, el golpe brutal contra el pavimento. De todas maneras al salir del pozo negro había sentido casi un alivio mientras los hombres lo alzaban del suelo. Con el dolor del brazo roto, la sangre de la ceja partida, la contusión en la rodilla; con todo eso, un alivio al volver al

día y sentirse sostenido y auxiliado. Y era raro. Le preguntaría alguna vez al médico de la oficina. Ahora volvía a ganarlo el sueño, a tirarlo despacio hacia abajo. La almohada era tan blanda, y en su garganta afiebrada la frescura del agua mineral. Quizá pudiera descansar de veras, sin las malditas pesadillas. La luz violeta de la lámpara en lo alto se iba apagando poco a poco.

Como dormía de espaldas, no lo sorprendió la posición en que volvía a reconocerse, pero en cambio el olor a humedad, a piedra rezumante de filtraciones, le cerró la garganta y lo obligó a comprender. Inútil abrir los ojos y mirar en todas direcciones; lo envolvía una oscuridad absoluta. Quiso enderezarse y sintió las sogas en las muñecas y los tobillos. Estaba estaqueado en el piso, en un suelo de lajas helado y húmedo. El frío le ganaba la espalda desnuda, las piernas. Con el mentón buscó torpemente el contacto con su amuleto, y supo que se lo habían arrancado. Ahora estaba perdido, ninguna plegaria podía salvarlo del final. Lejanamente, como filtrándose entre las piedras del calabozo, oyó los atabales de la fiesta. Lo habían traído al teocalli, estaba en las mazmorras del templo a la espera de su turno.

Oyó gritar, un grito ronco que rebotaba en las paredes. Otro grito, acabando en un quejido. Era él que gritaba en las tinieblas, gritaba porque estaba vivo, todo su cuerpo se defendía con el grito de lo que iba a venir, del final inevitable. Pensó en sus compañeros que llenarían otras mazmorras, y en los que ascendían ya los peldaños del sacrificio. Gritó de nuevo sofocadamente, casi no podía abrir la boca, tenía las mandíbulas agarrotadas y a la vez como si fueran de goma y se abrieran lentamente, con un esfuerzo interminable. El chirriar de los cerrojos lo sacudió como un látigo. Convulso, retorciéndose, luchó por zafarse de las cuerdas que se le hundían en la carne. Su brazo derecho, el más fuerte, tiraba hasta que el dolor se hizo intolerable y hubo que ceder. Vio abrirse la doble puerta, y el olor de las antorchas le llegó antes que la luz. Apenas ceñidos con el taparrabos de la ceremonia, los acólitos de los sacerdotes se le acercaron mirándolo con desprecio. Las luces se reflejaban en los torsos sudados, en el pelo negro lleno de plumas. Cedieron las sogas, y en su lugar lo aferraron manos calientes, duras como el bronce; se sintió alzado, siempre boca arriba, tironeado por los cuatro acólitos que lo llevaban por el pasadizo. Los portadores de antorchas iban adelante, alumbrando vagamente el corredor de paredes mojadas y techo tan bajo que los acólitos debían agachar la cabeza. Ahora lo llevaban, lo llevaban, era el final. Boca arriba, a un metro del techo de roca viva que por momentos se iluminaba con un reflejo de antorcha. Cuando en vez del techo nacieran las estrellas y se alzara ante él la escalinata incendiada de gritos y danzas, sería el fin. El pasadizo no acababa nunca, pero ya iba a acabar, de repente olería el aire libre lleno de estrellas, pero todavía no, andaban llevándolo sin fin en la penumbra roja, tironeándolo brutalmente, y él no quería, pero cómo impedirlo si le habían arrancado el amuleto que era su verdadero corazón, el centro de la vida.

Salió de un brinco a la noche del hospital, al alto cielo raso dulce, a la sombra blanda que lo rodeaba. Pensó que debía haber gritado, pero sus vecinos dormían callados. En la mesa de noche, la botella de agua tenía algo de burbuja, de imagen traslúcida contra la sombra azulada de los ventanales. Jadeó buscando el alivio de los pulmones, el olvido de esas imágenes que seguían pegadas a sus párpados. Cada vez que cerraba los ojos las veía formarse instantáneamente, y se enderezaba aterrado pero gozando a la vez del saber que ahora estaba despierto, que la vigilia lo protegía, que pronto iba a amanecer, con el buen sueño profundo que se tiene a esa hora, sin imágenes, sin nada... Le costaba mantener los ojos abiertos, la modorra era más fuerte que él. Hizo un último esfuerzo, con la mano sana esbozó un gesto hacia la botella de agua; no llegó a tomarla, sus dedos se cerraron en un vacío otra vez negro, y el pasadizo seguía interminable, roca tras roca, con súbitas fulguraciones rojizas, y él boca arriba gimió apagadamente porque el techo iba a acabarse, subía, abriéndose como una boca de sombra, y los acólitos se enderezaban y de la altura una luna menguante le cayó en la cara donde los ojos no querían verla, desesperadamente se cerraban y abrían buscando pasar al otro lado, descubrir de nuevo el cielo raso protector de la sala. Y cada vez que se abrían era la noche y la luna mientras lo subían por la escalinata, ahora con la cabeza colgando hacia abajo, y en lo alto estaban las hogueras, las rojas columnas de rojo perfumado, y de golpe vio la piedra roja, brillante de sangre que chorreaba, y el vaivén de los pies del sacrificado, que arrastraban para tirarlo rodando por las escalinatas del norte. Con una última esperanza apretó los párpados, gimiendo por despertar. Durante un segundo creyó que lo lograría, porque estaba otra vez inmóvil en la cama, a salvo del balanceo cabeza abajo. Pero olía a muerte y cuando abrió los ojos vio la figura ensangrentada del sacrificador que venía hacia él con el cuchillo de piedra en la mano. Alcanzó a cerrar otra vez los párpados, aunque ahora sabía que no iba a despertarse, que estaba despierto, que el sueño maravilloso había sido el otro, absurdo como todos los sueños; un sueño en el que había andado por extrañas avenidas de una ciudad asombrosa, con luces verdes y rojas que ardían sin llama ni humo, con un enorme insecto de metal que zumbaba bajo sus piernas. En la mentira infinita de ese sueño también lo habían alzado del suelo, también alguien se le había acercado con un cuchillo en la mano, a él tendido boca arriba, a él boca arriba con los ojos cerrados entre las hogueras.

ANOREXIA Y TIJERITA ALFREDO BRYCE ECHEÑIQUE

No era, ni había pretendido ser, lo que se llama precisamente un hombre con escrúpulos, y mucho menos cuando las cosas le salían bien. Y las cosas le habían estado saliendo muy bien, hasta lo del maldito caso Scamarone, o sea que se había convertido en un hombre totalmente desprovisto de escrúpulos. Esta idea, esta conclusión, más bien, ya no le gustó tanto a Joaquín Bermejo, por lo que dejó de jabonarse el brazo derecho, empezó con el izquierdo, y una vez más constató fastidiado que el hombre se enfrenta con su almohada, de noche, o con el espejo, cada mañana cuando se afeita, mientras que él era una especie de excepción a la regla porque siempre se enfrentaba con sus cosas bajo el sonoro chorro de la ducha.

Maldijo a Raquelita, entonces, porque ella y su anorexia como que dormían demasiado cerca para que él se atreviera a confiarle secreto alguno a su almohada, y porque “flaca, fané y descangallada”, purita anorexia ya, Raquelita y su detestable y exasperante anorexia eran muy capaces de metérsele distraídas al baño, muy capaces de sorprenderlo mientras él andaba afeitándole algún trapo sucio al espejo.

Pero cuando soltó lo de enferma de mierda, hija de tu padre y de tu madre, pensar que todavía tengo que meterte tu polvo de vez en cuando, entre pellejo y huesos, cuando ideas y constataciones se le enredaron con los peores insultos, fue en el instante en que hasta ayer ministro de Trabajo y Obras Públicas, con chofer, carrazo, guardaespaldas y patrulleros cuidándole la casa, de pronto se sintió abyectamente solo, en pelotas y solo, ex ministro calato y solo y completamente distinto al común de los mortales porque el común de los mortales se enfrenta con su almohada o el espejo y en cambio yo, nadie más que yo, nadie que yo sepa, en todo caso, termina usando el chorro de la ducha de almohada o espejo.

Por último dijo la puta que los parió, pero esto fue al pensar en el caso Scamaroney en que su partido en las próximas elecciones, cero, o sea que nunca más volvería a ser ministro de nada ni el Señor Ministro ni a sentirse Ministro ni el Señor Ministro ni nada. La puta que los parió.

Abrió al máximo los caños de agua caliente y fría y se vio regresando ex ministro su estudio de abogado y con las elecciones tan perdidas dentro de dos meses que nuevamente se vio regresando ex ministro al estudio pero su desagrado fue mucho mayor esta vez por lo de las elecciones y porque tenía momentos así en que lo del caso Scamarone realmente le preocupaba. Nuevamente era abogado, un abogado más, y en un par de meses su partido iba a estar tan lejos del poder que él sí que ya no podría estar más lejos del poder. La puta que los parió. Como si nunca hubiese estado en el poder y encima de todo lo del caso Scamarone.

Empezó a jabonarse la pierna derecha pensando que en tres años de ministro tal vez no había sacado una tajada tan grande como la que pudo. ¿O sí? En el fondo, sí, aunque si la prensa amarilla no lo hubiese asustado con esos titulares en primera página tal vez habría podido sacarle mejor partido a... Al caso Scamarone, como le llama la prensa amarilla. Traslado ambas manos y el jabón a la pierna derecha. La puta que los parió. Seguían con lo del caso Scamarone, ¿cuándo se iban a hartar?, ¿cuándo encontrarán algo mejor?, ¿cuándo me dejarán en paz...? Son capaces de seguir... Son muy capaces de seguir y el próximo gobierno... Joaquín Bermejo soltó otro la puta que los parió y empezó a enjuagarse con el próximo gobierno...

O sea que ni hablar del viaje a Europa con Vicky. Ni hablar del encuentro en México y la semana en Acapulco para luego seguir juntos por toda Europa y así nadie se enterará. “Ex ministro Bermejo se fuga”. Lo estaba viendo, lo estaba leyendo, o sea que ni hablar del viaje. El amargón que se iba a pegar Vicky. Bueno, la calmaría con un regalazo, explicándole entre besos que por el momento era imposible, ten en cuenta, Vicky, son solo unos mesecitos, deja que se enfríe el asunto, por favor ten en cuenta. Al final la calmaría entre besos, pero entre esos besos se encontraría con los ojitos socarrones, penetrantes, una miradita de Vicky a su ex ministro, ¿tan asustado te tienen, Joaquín...? La muy hija de...

En cambio Raquelita se tragaría sus explicaciones, apenas tendría que explicarle, apenas inventarle algún pretexto para postergar ese largo y urgente viaje de negocios. Raquelita se lo tragaría todo con la misma facilidad con que se tragaba siempre todo, todo menos los tres melocotones de su anorexia. Tampoco tendría que hacerle un regalote, tampoco lo llamaba Joaquín entre besos, Raquelita llamándolo Joaquín entre besos, qué horror, por Dios...

Ahí sí que Joaquín Bermejo, cerrando ambos caños con violencia, soltó íntegro: la muy hija de la gran pepa. Y se quemó porque terminó de cerrar antes el agua fría, me cago. Se había quemado solo porque ya no era ministro, no, no solo por eso, también se había quemado porque la muy hija de la gran pepa de la Raquelita ni siquiera sabía lo que era la prensa amarilla, y también se había quemado, además de todo, porque su raquífica esposa, la madre de sus tres hijos, la heredera y dueña de todo lo que tenían hasta

que él llegó a ministro, la del apellidote, Raquelita y su anorexia, en fin, de haber sabido que existía la prensa amarilla, ¿qué habría dicho?

Joaquín Bermejo la oyó decir es gente de la ínfima, Joaquín, mientras de un solo tirón abría la cortina de la ducha para descubrirse menos ministro que nunca y en un baño que era como si le hubieran cambiado de baño...

La corbata. Los chicos ya se habían ido al colegio, y, en el comedor, como siempre, aunque ahora sin patrulleros en la puerta, Raquelita (una taza de café, ni una gota de leche, y el melocotón de la anorexia), Raquelita y su primer desayuno sin el chofer del ministerio esperándole afuera. Era verdad, ya alguien se lo había dicho, medio en broma medio en serio, vas a extrañar el poder, Joaquín, y era verdad. Por ejemplo, al cabo de tres años, no bien terminara las tostadas, el jugo de naranja y el café con leche, tendría que cambiar de dirección, pasar por la repostería, decirle al mayordomo que le abriera la puerta del garaje y sacar su automóvil. Se incorporó, le importó un pepino dejar a Raquelita luchando con su melocotón, no le dio el beso de las mañanas, ya llamaré si no puedo venir a almorzar, y se puso el saco. Joaquín, le dijo, de pronto, Raquelita. Se detuvo y volteó a mirarla: ¿Qué?

—Que ya no eres ministro, Joaquín. Que a los chicos les encantará verte a la hora del almuerzo. Joaquín repitió íntegro y exacto el movimiento: volvió a ponerse el saco completamente, y no le quedó más remedio que abrocharse un botón más como parte final del diálogo con Raquelita luchando con su melocotón. Ella había vuelto a bajar la mirada, a concentrarse en su melocotón. Con cuánta finura lo hacía y lo decía todo en esta vida Raquelita, la muy... la muy nada.

—Volveré a tiempo para almorzar con los chicos. Promesa de ministro, Raquelita.

El automóvil. “Que ya no eres ministro, Joaquín. Que a los chicos les encantará verte a la hora del almuerzo”. Raquelita lo había desarmado completamente. ¿Cómo y por qué lo había desarmado tanto Raquelita? En primer lugar, se respondió Joaquín, dejando avanzar lentamente el automóvil hacia el centro de Lima, si hay una persona en el mundo a la que le resbala por completo que yo haya dejado de ser ministro, esa persona es Raquelita. Claro, su padre fue ministro cinco veces, media familia suya ha sido ministro cinco veces, más presidentes, virreyes y hasta un fundador de la ciudad de Lima cinco veces, si eso fuera posible. Y en segundo lugar, o sea en primero para Raquelita, porque me quiere por lo que soy. Joaquín recordó la escena, visitó sin ganas la noche completa de verano y el jardín para decir eso en que le dijo que quería casarse con ella.

Había traído su flamante diploma de abogado.

—¿Me quieres como soy, Raquelita?

—Más, mucho más que eso, Joaquín. Te quiero por lo que eres.

Un semáforo. “Ex ministro se fuga de su casa. Ex ministro abandona esposa e hijos. Implicado en caso Scamarone se fuga con su amante”. La que se puede armar. La que se va a armar si el próximo gobierno realmente decide investigar. Él, nada menos que él, convertido en chivo expiatorio, en objeto predilecto de los ataques y burlas de la prensa amarilla. “Ex ministro Bermejo metido hasta las narices...”. ¿Qué estarían pensando sus cuatro socios en el estudio?

Luz verde y Raquelita diciendo es gente de la ínfima, explicándoles a los chicos que los de esos periódicos, los de esas revistas y los del nuevo gobierno, en fin, que todos eran gente de la ínfima. ¿Por qué no había besado a Raquelita antes de partir? ¿Por qué no le di el beso del desayuno? Joaquín Bermejo se llenó de preguntas y de rapidísimas respuestas. La había querido muchísimo, la quería siempre muchísimo, Vicky terminaría dejándolo plantado, metido hasta el cogote en el caso Scamarone. Raquelita, en cambio, jamás, cómo lo iba a abandonar por cosas de gente de la ínfima. ¿Y los chicos, Raquelita? ¿Cómo les explicamos a los chicos? Luz roja. Los chicos, Joaquín, saben perfectamente que son cosas de gente de la ínfima.

Luz verde. Gracias a Raquelita no pasaría absolutamente nada y él siempre podría decirles a los chicos todo lo que tienen en la vida se lo deben a su padre, muchachos, aprendan de mí, puro pulso, muchachos, pulso y cráneo, nada más que cráneo y mucho pulso, aprendan eso de su padre.

Llegó al estudio con la imperiosa necesidad de decirles a sus hijos que todo había sido a punta de pulso y cráneo, mucho cráneo, y muchísimo pulso, muchachos. Increíble: ni cuenta se había dado, había entrado en su despacho saludando apenas a las secretarías, apenas un hola a los practicantes, del ex ministro no quedaba más que la prensa amarilla y un poco de caso Scamarone. Lo primero que hizo fue marcar el número, besar a Raquelita por teléfono y pedirle que les dijera a los chicos que llegaría a tiempo para almorzar con ellos, contigo también Raquelita. Y terminó preguntándole si había terminado ya el melocotón de su desayuno. Eso dijo, sí: el melocotón de tu desayuno y no el melocotón del desayuno de tu anorexia. Y no sintió ganas de matarla cuando ella le respondió que no. Increíble.

Sí, increíble, y algo horrible, de golpe, también ahora, pero tuvo que contestar porque la secretaria le estaba anunciando la llamada de la señorita Vicky con acentito.

—Joaqui, ¿ya leíste *La Verdad*?

—Hasta cuándo te voy a repetir que yo no leo esos pasquines, Vicky.

—Pero aquí tu chinita linda se los lee enteritos, Joaqui.

—Te llamo a eso de las ocho y media, Vicky. El presidente me ha citado a las siete. Te llamo esta noche al salir de palacio.

Le diría que la cita en palacio duró hasta las mil y quinientas, cuando ella lo volviera a llamar, mañana por la mañana. Porque hoy quería un día diferente, porque lo que realmente necesitaba hoy era sentirse en una noche como aquella del jardín, en esa misma noche con su jardín y ese verano, sentirse en todo momento en aquella noche lejanísima del jardín irrepetible...

—¿Me quieres como soy, Raquelita?

—Mucho más que eso, Joaquín. Te quiero por lo que eres.

Pidió que no le pasaran más llamadas que las de palacio. Las de palacio y las de mi esposa, agregó, con las justas, porque ya estaban ahí, porque ya nada podría detenerlos, porque qué ministro no había robado pero solo a él le había caído lo del caso Scamarone... ¿Para qué, si no, lo había citado el presidente en palacio...? Y ahora ya estaban ahí y era tan feroz el relampaguear de las cámaras fotográficas como su necesidad de confesar por fin el peor de sus delitos. “¡Ex ministro también planeaba asesinar a su esposa! ¡Todo sucedió en la ducha! ¡Tijerita de oro impide que ex ministro mate a esposa!”.

Sollozando, con la cabeza siempre entre los brazos, aunque ya algo más tranquilo, Joaquín Bermejo continuaba preguntándose qué había sido antes, si el huevo o la gallina. Cronológicamente, casi todo estaba en orden. Y sin embargo... Bueno, braguetazo o no, él también pertenecía a una buena familia y se había casado muy enamorado y con la enorme suerte de que Raquelita, además de todo, perteneciera a una excelente y riquísima familia, cosa que siempre había deseado pero que poco o nada tuvo que ver con que se hubiera casado por amor y con suerte, como en lo del huevo y la gallina. Y así nacieron Carlos, Germancito y Dianita, fruto del amor que lo unía a Raquelita y fruto del amor que lo había unido a Raquelita, como todo en esta vida, por lo del huevo y la gallina. Que a su suegro le debiera los doce mejores clientes del estudio era algo tan lógico y natural como lo del huevo y la gallina. Y lo mismo habría que decir de la casa que heredó del huevo y la gallina, porque fue el regalo de bodas de su suegro y de su suegra. Pero, entonces, ¿qué vino antes: la anorexia de Raquelita o el culo que era Vicky? Entonces, se respondió Joaquín Bermejo, rebuscando sinceridad en lo más hondo de su ser, entonces vino lo del huevo y la gallina...

...Mucho más fácil le resultó establecer el orden de lo que vino después y una tras otra fue recordando sus escapadas de amor con Vicky, sus constantes mensajes del ministerio a su casa, señorita por favor pregunte por la señora Raquelita, señorita, por favor llame a mi casa y avísele a mi esposa que una reunión esta noche... Y Vicky en la otra línea, Vicky exigiéndole cada día más en la otra línea, bueno, la verdad es que mejor no le podían estar saliendo las cosas desde que llegó al ministerio, y qué mejor recompensa que el tremendo culo que era Vicky, al ministerio sí que había llegado por sus propios méritos, y qué más podía desear Raquelita que un hombre que era el orgullo de sus hijos, ahora sí que podía decirles a puro pulso y puro cráneo, muchachos, sí, ahora sí que sí... Aunque claro, lo de la recompensa no se lo entenderían, jamás comprenderían que él necesitaba al menos eso contra Raquelita, porque su madre, muchachos, cómo explicarles... Bueno, pero a qué santos tanta explicación, quién era él para tener que andar rindiéndole cuentas a sus hijos, no había llegado a ministro para ponerse a pensar en lo del huevo y la gallina. O sea que esta noche él con Vicky en su suite del Crillón y ellos en casita y acompañando a mamacita con el melocotón de su anorexia, la muy...

Sí, la muy digna hija de su padre y de su madre, porque no solo había que ser anoréxica sino caída del palto, además, para creer que con una tijerita podía sentirse segura en una ciudad como Lima. ¿Te imaginas una cojudez igual, Vicky...?

—¿Un bechito, mi ministrito?

...Primero fue la locura de la anorexia y uno de estos días se muere de puro flaca. Y ahora, de golpe, me sale con la vaina esta increíble de la tijerita, además. Como para que uno de estos días me la maten de puro cojuda...

—¿Otro bechito, mi amosshito?

...Realmente hay que ser caída del palto, además de loca, para andarse creyendo que en Lima, hoy, nada menos que hoy en Lima y tal como están las cosas... Imagínate, Vicky, yo que le tengo la casa rodeada de patrulleros y ella confiando en una tijerita de uñas para protegerse...

—Bechito bechito...

...Que si la tijerita es de oro, que si es de un millón de quilates, que si con ella se cortó las uñas la virreina, que si su bisabuela y su abuelita, después, que si su mamá se la regaló porque es una joya de familia, en fin. Pero ahí recién empieza la cosa, porque además resulta que algo muy profundo, algo en lo más hondo de su ser le anda diciendo ahora que si alguien se mete con ella en esta ciudad plagada de gente de la ínfima...

—¿Gente de la qué, Joaquín?

—De la ínfima, mi amor...

—¿Y eso cómo se come, mi amosshito?

—Eso pregúntaselo a ella, que a cada rato usa la bendita palabra...

—O chea que la muy cojuda se cree la divina pomada...

—Lo que la muy cojuda se cree no es cosa que te incumba, Vicky...

—¿Che amargó, mi amosshito? ¿Che me va?

—No pienso moverme de aquí esta noche, Vicky. Que eso, al menos, quede bien claro de una vez por todas. Lo demás es la historia del huevo y la gallina y no tengo por qué explicársela ni a mis hijos ni a ti ni a nadie...

—Se puso muy cherio mi ministrito...

—Nada de eso, Vicky, palabra de hombre, de hombre y de ministro. Lo que pasa es que la muy idiota se cree invulnerable con su tijerita. Es como si solo creyera en Dios y en su tijerita, y se mete sola por todas partes, cuando yo le tengo terminantemente prohibido salir sin el chofer y un patrullero para que los siga... Pero ésta es capaz de creerse que Dios le ha puesto esta tijerita entre las manos... Nada menos que la tijerita de su familia entre sus manos... Esta cretina es capaz de creerse que Dios...

—Nos la matan y nos vamos pa' Acapulco, mi amosshito.

—De la madre de mis hijos me encargo yo, Vicky. Que eso también quede bien claro de una vez por todas...

Las noches de amor con Amosshito siguieron, semana y semana, meses y meses, y pronto serían tres años y Vicky cada vez le exigía más y el caso Scamarone acababa de estallar y a Raquelita no la habían matado ni los tres melocotones de su anorexia ni el andar metiéndose sola por todas partes con la imbecilidad esa de Dios y su tijerita. Como si con Dios, su anorexia y una tijerita de oro formaran un escuadrón indestructible. Como si entre su fe en Dios y lo de ser gente decente, gente de lo mejor, y vete tú a saber qué vainas más de esas... Increíble... Más loca no podía estar la muy cretina... Como si por su linda cara, sus tres melocotones al día y una tijerita heredada de un fundador de la ciudad de Lima, además, novedad con la cual le salió una tarde, la muy anoréxica, se hubiera convertido en el enemigo mortal, nada menos que en el terror de la ínfima.

El terror de la ínfima, se repitió una mañana Joaquín Bermejo, abriendo al máximo los caños de agua caliente y fría. Bien encerrado en su baño, bien protegido por la cortina de la ducha, necesitaba sin embargo que el chorro de agua sonara como nunca para continuar sin peligro el deleite de andar pensando esas cosas tan inesperadas como incontenibles. El terror de la ínfima, se repetía una y otra vez y sonriente y feliz, como si de pronto hubiera encontrado la solución definitiva al problema más viejo y complicado de su vida. ¿Podría contarle a Vicky lo que se le estaba ocurriendo? ¿Contarle que, en vez de una escapada a México y Europa, podrían seguir juntos el resto de la vida, casarnos, Vicky? No lo sabía, pero continuaba gozando bajo el chorro de la ducha, cantaba mientras Raquelita, completamente Raquelita, caminaba tranquilísima por una oscura calle limeña, una calle que él solo lograba identificar por la muerte de Raquelita al llegar a la esquina. Ahí, en esa esquina, su visión de los hechos, Raquelita sacando su tijerita de la cartera y un negro hampón, inmenso, tranquilo, pagado y preparado, ahí su visión de los hechos era muy rápida pero muy precisa, tan rápida y precisa como la eficacia y la rapidez del inmenso negro huyendo absolutamente profesional... Era solo cuestión de pensarlo todo hasta el último detalle... Un negro como ese sería facilísimo de conseguir... Lima estaba plagada de negros como ese y Lima estaba plagada de ministros como él...

Fueron los duchazos más felices en la vida de Joaquín Bermejo, y a menudo gozaba diciéndose que, de haber sido un tipo de esos que se ducha sólo una vez a la semana, ya se habría convertido en un tipo que se pasa el día en la ducha. Cerraba la cortina, abría los dos caños, y a cantar se dijo mientras iba dejando ultimado hasta el más mínimo detalle. No había tiempo que perder: con lo del caso Scamarone era posible que tuviera que renunciar al ministerio y Vicky cada día le exigía más y él quería darle todo y de todo porque le salía del forro de los cojones, carajo: Raquelita era ya cadáver junto a un charco de sangre y hasta la tijerita de oro había desaparecido, qué tal negro pa' conchesumadre, alzó hasta con la tijerita.

Joaquín Bermejo no sabía por qué nunca se acordaba de contarle sus planes a Vicky. Tampoco sabía por qué estos desaparecían no bien empezaba a cerrar los caños de la ducha. ¿Tenía eso algo que ver con lo de la almohada y el espejo? Fastidiado, constató una vez más que el hombre se enfrenta con su almohada, de noche, o con el espejo, cada mañana cuando se afeita, mientras que él era una especie de excepción a la regla porque siempre se enfrentaba con sus cosas bajo el sonoro chorro de la ducha.

Y fue así como una mañana, bajo el chorro de la ducha, Joaquín Bermejo decidió dejarse de aguas tibias, y empezó a cerrar el caño de agua caliente mientras le iba contando a Vicky que un negro inmenso le había enfriado a Raquelita de un solo navajazo y ahora todos vamos a descansar en paz. Vicky se quedó fría con la noticia pero él nada de abrir el caño de agua caliente porque durante varias semanas tendremos que actuar así, yo, al menos, tendré que actuar con la más calculada frialdad. Joaquín Bermejo se mantuvo firme bajo el chorro de agua fría mientras le explicaba que, en cambio, lo mejor era que ella se hiciera humo hasta que él la volviera a llamar. Eso será cuando todo haya vuelto a la normalidad, Vicky, le dijo, mientras iba cerrando el agua fría y abriendo hasta quemarse el agua caliente para que Vicky pudiera hacerse humo...

El pellejo que duerme a mi lado es inmortal, se dijo, aterrado y hasta respetuoso, Joaquín Bermejo, abriendo rapidísimo, al máximo los caños de agua caliente y fría, la mañana atroz en que supo lo que era despertarse de dos sueños al mismo tiempo. No se explicaba cómo había podido pasarse días y días acariciando la idea de ver a su esposa asesinada. Inmortal de mierda, añadió, porque acababa de saltar de la cama en el instante en que Raquelita, completamente Raquelita, pero completamente Raquelita en un sueño, porque resultó que Raquelita era un esqueleto, guardaba su tjerita de oro mientras un inmenso negro herido huía despavorido...

La corbata. El desayuno. El rápido beso con que se despidió de Raquelita. Su despacho de ministro. Joaquín Bermejo empezó a sentir un gran alivio. No le había contado nada a Vicky, felizmente que no le había contado nada. Por la noche solo tomó dos copas con ella. Necesitaba regresar temprano a su casa. Necesitaba hacer el amor con Raquelita y que ella se diera cuenta de esa necesidad. O sea que esa noche Raquelita se encontró con un esposo rarísimo. Una especie de Joaquín Bermejo que le recordaba al Joaquín Bermejo de su luna de miel. Después lo contempló mientras se le quedaba dormido pegado a su almohada y no quiso despertarlo cuando en un sueño intranquilo y de palabras deshilvanadas, lo único que dijo claramente fue déjeme en paz Scamarone. Lo dijo tres veces.

De palacio llamaron a las doce para decirle que el señor Presidente prefería verlo una hora antes, esa tarde, o sea a las seis, y Joaquín Bermejo pensó que con suerte la reunión terminaría también una hora antes de lo previsto. Acto seguido, y de una vez por todas, decidió ponerle punto final a lo del huevo y la gallina, que para estupideces tenía más que suficiente con las de Raquelita, ídem con el caso Scamarone: punto final para siempre, por qué no, a la larga todo se arregla en este país de mierda. Haría, en cambio, una escala en el club, por qué no, se tomaría el whisky de la reconciliación nacional, por qué no, y juácate, un telefonazo a Vicky Bechito. ¿Por qué no, Joaquín Bermejo? Joaquín Bermejo y Vicky Bechito, why not? Claro que sí, como que dos y dos son cuatro, Joaquín Bermejo, chupa y di que es menta. Eso mismo, exacto, dos y dos son cuatro en Lima y en la Cochinchina. Pero de palacio volvieron a llamar media hora más tarde. El Señor Presidente le hacía saber que la cita sería a las cinco. Cinco en punto, agregó la persona que llamó de palacio, o sea que la secretaria del doctor Bermejo también agregó a las cinco en punto, doctor...

Joaquín Bermejo pensó que su retorno al ejercicio del Derecho había sido todo menos suyo, se despidió de los practicantes y secretarias de tal manera que sin despedirse de nadie se había despedido de todos, se dio cuenta de golpe que ninguno de sus cuatro socios había salido a darle la bienvenida, les mandó decir que sin falta mañana entraría a saludarlos en sus respectivos despachos, y abandonó la elegancia de su estudio como un extraño. Los practicantes se miraron entre ellos, entonces las secretarias se atrevieron a mirarse también entre ellas, todos se miraron, por fin, y como quien cuenta a la una, a las dos, y a las tres, exclamaron: ¡Mamita, el caso Scamarone! ¡La que se va a armar, mamita linda!

Entonces sí salieron los cuatro socios de Joaquín Bermejo. Habían estado muy ocupados, a cuál más ocupado en su respectivo despacho, pero ahora, de golpe, como si los cuatro hubieran nacido en Fuente Ovejuna, todos a una en lo concerniente al caso Scamarone, y como si los cuatro hubieran nacido durante la guerra de Troya en lo concerniente a la que se iba a armar. Porque, como el caballo de Troya, el caso Scamarone ocultaba el caso Banco de Finanzas, dentro de este andaba metido lo de Seguros Internacionales, S.A., y hasta dentro de la S.A. hay gato encerrado, según parece, señores. Parecían una caja china chismosa los doctores Muñoz Álvarez, Gutiérrez Landa, Mejía Ibáñez, y sobre todo el doctor Morales Bermejo, porque su Bermejo le venía por parte de madre, pero a mamá el parentesco con los Bermejo de Joaquín le viene por Adán, o sea que cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia, mis queridos colegas, y qué tal si lo seguimos hablando todo un poquito en el club, ustedes qué piensan, porque alguna precaución habrá que tomar.

En cambio a Joaquín Bermejo le era imposible tomar precaución alguna. Sentado ahí, en el aparatoso comedor de su casa, con Raquelita al frente, Carlos y Germancito a su izquierda y Dianita a su derecha, presidía como siempre la mesa, y le preguntaba como siempre al mayordomo qué hay de almuerzo. Pero esta vez no encontró las fuerzas para agregar su eterna broma.

—¿Qué hay además del melocotón de la anorexia de la señora?

Había descubierto el desamparo de presidir para nada y estaba viviendo el vacío interminable de seguir sentado ahí sin poder decir mucho pulso y mucho cráneo, muchachos. Había llegado cuando Raquelita y los chicos se encontraban ya en el comedor y ahora el mayordomo estaba ahí con la fuente de la entrada y acababa de estar ahí con la fuentecita y el melocotón de la señora, y qué difícil se le hacía hablar de cualquier cosa con el mayordomo entra y sale y sus hijos comiendo lo más rápido posible por los horarios del colegio y Raquelita con la serenidad de cristal que solo Raquelita. Y por qué, si eso siempre había sido así, sentía que eso nunca había sido así, o era que ahí todos sospechaban algo ya. No, eso sí que no, eso sí que no podía ser. Y para que no pudiera ser, para que en los ojos de Raquelita y sus hijos no apareciera la sombra de una sospecha, habló ministro:

—El presidente de la República me citó esta tarde, a las siete. Después, me citó a las seis, y por fin ha terminado citándome a las cinco. En vista de lo cual, señoras y señores, yo pienso llegar a las ocho. ¿Qué les parece?

—En el colegio dicen que el presidente está rayado —anunció Carlos.

—Se pasó de revoluciones, papá —comentó Germancito.

—Lo que es, es un plomo —concluyó Dianita.

Joaquín Bermejo los miró sonriente. Los miró como si les estuviera dando la razón a los tres, pero de nuevo como que se quedó presidiendo para nada, al cabo de un instante. Ahí estaba, estaba en su lugar de siempre, y así debían haberlo mirado sus hijos, pero de nada le habían servido sus comentarios contra el desamparo de presidir para nada y el vacío interminable que era no poderles decir nunca jamás lo que en tres años de ministro les había estado queriendo decir: Mírenme bien a la cara, hijos, a los ojos, mírenme bien y vean cómo su padre se ha convertido en ministro y cómo se puede convertir en presidente de la República, también, si algún día le da la gana. Y en un presidente mejor que cualquiera de los que me eche la familia de su madre, a ver, nómbrame uno, Raquelita. Y Raquelita, sonriente, y él, ahora, ahora sí, por fin: ¿Y quieren saber cómo ha sido? ¿Quieres saber, Carlos? Tú, Germancito, ¿quieres saber? Porque claro que tú también quieres saber, ¿no es cierto, Dianita? ¡Pues pulso! ¡Cráneo! ¡Pulso y cráneo! ¡Y con el sudor de mi frente! ¡Con el sudor...!

Ahí, en plena palabra *sudor*, arrojó la esponja Joaquín Bermejo. Se había agotado y no había dicho una sola palabra. Sudaba frío y se había agotado y eso era lo único que le quedaba del sudor de su frente y todo por culpa de la maldita palabra sudor. Eso y algo peor, algo que era como un comentario a las palabras que, de puro desamparo, ni siquiera había logrado decir. Algo que descubrió al mirar perdido a Raquelita.

Como en lo del huevo y la gallina, con su manera de comer siempre un melocotón, solo con eso, con comer así un melocotón, Raquelita le estaba diciendo: No, mi querido Joaquín, mi pobre Joaquín, el sudor de la frente no, no entre nosotros, Joaquín. Pulso, si quieres, sí, aunque di más bien esfuerzo, constancia, perseverancia. En cambio eso que tú llamas cráneo, en vez de inteligencia, sí, eso sí, dilo siempre, pero dilo en primer lugar. Ahora bien, Joaquín, nunca se te ocurra volverles a hablar a mis hijos del sudor de la frente y de cosas así de la ínfima. Recuerda siempre que son mis hijos y que de ahora en adelante lo serán más que nunca, Joaquín. O sea que nunca jamás se te ocurra mencionar cosas como el sudor de tu frente, y sobre todo en la mesa. Ni una sola palabra que tenga que ver con el sudor. No se suda, Joaquín, en esta casa no se suda, y menos delante de estos tres chicos...

Entonces Joaquín Bermejo descubrió su gran error, el momento que siempre creyó ser una cosa y que en realidad era esto: que nunca había odiado tanto a Raquelita como en el jardín de aquella maldita noche de calor en que le preguntó si lo quería como él era. Y en medio de tanto odio se encontró con que él también se estaba odiando aquella noche. ¿Me quieres como soy, Raquelita? También él. La verdadera e insoportable respuesta de Raquelita, por último, ahora:

—Te quiero por lo que eres.

Joaquín Bermejo regresó al aplastante boato de su comedor de pronto tan diferente, al trabajo que le estaba costando disimular ante sus hijos, ante el mayordomo, ante el enorme espejo de la consola, ante Raquelita... Ante Raquelita, que sabía mucho más que él, enormemente más que él, y desde muchísimo antes que él, cosas y más cosas sobre el huevo y la gallina.

—Me voy a hablar con mi padre, Joaquín. Ya sabes que detesta el teléfono y que está pescando en Cerro Azul. O sea que, por favor, no te preocupes si llego tarde.

—Te ruego que vayas con el chofer.

—Imposible, Joaquín. El chofer se va a las nueve de la noche y yo a esa hora recién estaré regresando de Cerro Azul. Solo te pido...

Raquelita dejó su frase interrumpida, para que los chicos no se fueran a dar cuenta de que algo grave estaba ocurriendo. Y se limitó a agregar:

—Voy con mi tjerita, Joaquín.

Desde el otro extremo de la mesa, Joaquín Bermejo la miraba incrédulo, pasivo, como resignado. Observaba silenciosamente cómo ella le sonreía desde el otro extremo del mundo.

—Anda con Dios, hija mía —dijo, de pronto—, y los chicos no se dieron cuenta de nada porque papá, con tal de soltar frases así, la del melocotón de la anorexia, por ejemplo, y porque en ese instante Carlos y Germancito se estaban incorporando, ya era hora de salir corriendo al colegio.

Fue la noche con el rabo entre las piernas de Joaquín Bermejo. De palacio había salido casi a las ocho, con el rabo entre las piernas, porque habría caso Scamarone y chivo expiatorio. A las once, con el rabo nuevamente entre las piernas, se sopló media hora de gritos de su suegro, aunque merecía ser chivo expiatorio, no habría caso Scamarone. Todo había quedado arreglado con el Presidente y varios ministros y no habría caso Scamarone pero es usted un canalla, Bermejo. Si no fuera porque es usted esposo de mi hija y padre de mis nietos. Otro gallo cantaría, Bermejo, otro gallo. Déle usted gracias al cielo. Déle usted gracias a su esposa. Déle usted gracias a su suegro. Déle usted gracias al Presidente de la República. Déle usted gracias a los señores ministros de. Déle usted gracias al cielo, Bermejo. Fueron tales los gritos de su suegro en el teléfono que Joaquín Bermejo no se atrevió a preguntarle a qué hora había partido Raquelita de Cerro Azul. Seguía con el rabo entre las piernas cuando decidió llamar a la comisaría del distrito porque su esposa no aparecía y ya era cerca de la una de la mañana. Se desmoronó cuando le avisaron que el automóvil se hallaba abandonado a la altura de Villa el Salvador.

Así lo había encontrado Raquelita cuando entró feliz, y en vez de decirle mi papá te va a matar, lo va a arreglar todo pero te va a matar, le sonrió feliz, encendió todas las luces, lo invitó a sentarse un rato con ella en la sala, y le dijo que se iba a quedar con el rabo entre las piernas cuando le contara.

—He llamado a la comisaría... ¿Qué ha pasado, Raquelita? ¿Qué te ha pasado?

—Vuelve a llamar a la comisaría y di que tu esposa está perfectamente bien. Anda, llama de una vez y ven para que te cuente. Te vas a quedar con el rabo entre las piernas. Tú que tanto te burlabas de ella.

Ella era la tijeira y Joaquín Bermejo volvió a desmoronarse con el rabo entre las piernas cuando Raquelita empezó a contarle que el automóvil se le había parado en un lugar atroz. La verdad, Joaquín, no sé cómo no bombardean esos lugares. Gentuza. Gente de la ínfima que la miraba indiferente mientras ella les daba instrucciones para que hicieran algo más que estarla mirando con esas caras de idiotas. Pobre país, qué gente Joaquín. Flojos, vagos, insolentes hasta cuando se trata de ayudar a una señora. ¿Tú crees que movieron un dedo? Nada, no tuve más remedio que echarme a andar por la autopista. Por supuesto que a nadie se le ocurrió parar a ayudarme, tampoco. Si vieras qué asco de sitio.

—Es una barriada. Villa El Salvador.

—Lo que es, es un asco, una vergüenza para una ciudad como Lima.

—¿Cómo has llegado, Raquelita?

Tú que tanto te burlabas de ella. ¿Qué habría sido de mí sin ella? Si no fuera por ella, en este instante estarías lamentando la muerte de tu esposa. Pensar que mis pobres hijos...

—¿Cómo has llegado, Raquelita?

Y tú que tanto te burlabas de ella. Deberías estar con el rabo entre las piernas, Joaquín. Me pudo haber costado la vida subirme en ese microbús. Qué horror, ni una sola luz y la gente colgando por las ventanas. No sé cómo logré ver el letrero. No había otra solución. Era la única manera de acercarme a casa. ¿Y qué crees tú que pasó, no bien subí? ¡Cómo es esa gente, Joaquín! ¡Qué país! No había pasado ni un minuto y ya me habían robado el reloj de los diamantes. Quién podía ser más que el negro inmenso que tenía parado a mi izquierda. Se creyó que porque era una señora decente. Se creyó que porque en esa oscuridad no se veía nada. Pero no bien me di cuenta de que mi reloj había desaparecido me dije te llegó el momento, Raquelita. No se veía nada en esa oscuridad, o sea que aproveché para meter la mano tranquilamente en mi cartera. Ahí mismito di con ella. Y la saqué. Si vieras, Joaquín, qué maravilla. Le pegué un hincón en las costillas. Se lo pegué con toda el alma, Joaquín, y ya ves tú, que tanto te burlabas de mí, tú que creías que me había vuelto loca y que me podían matar. Tú que... Pobre diablo. No bien le pedí el reloj me lo devolvió. No hice más que decirle póngalo usted en mi cartera. Bien bajito por si acaso tuviera cómplices. Cobarde. Negro asqueroso. Ya, señora, me dijo, pero ni tonta. Esta gente cree que una va a ser tan bruta como para soltar y guardar su tijeira. Eso es lo que él se creyó pero yo no le saqué la tijeira de entre las costillas hasta que me bajé. ¡Ay qué asco, Joaquín! Límpiame, por favor. Está toda manchada de sangre.

—No lo puedo creer, Raquelita. Ese hombre te ha podido matar...

—¿Ese tipo de la ínfima?

—Vamos a acostarnos, Raquelita.

—¿A que no te sientes con el rabo entre las piernas, Joaquín...? Ya verás, algún día aprenderás que mientras yo lleve mi tijeira...

—Vamos a acostarnos, Raquelita.

—Primero límpiame la tijeira. No olvides que mañana es otro día y que Lima está plagada de esa gente. ¡Qué horror! ¡Qué gentuza! ¡Gente de la ínfima! Desinféctame la tijeira, por favor.

Cuando Raquelita se durmió, sonriente, feliz, después de una verdadera hazaña, Joaquín continuaba defendiendo al inmenso negro. Lo imaginaba llegando a su casa con una buena herida en el costado y despavorido. Con el mundo al revés. Había intentado explicarle a Raquelita que podía tratarse de un hombre honrado volviendo de su trabajo. Nada. Era un tipo de la ínfima. Se lo había imaginado honrado y obrero y llegando a su casa sabe Dios dónde y se había imaginado una negra y unos negritos escuchándolo entre aterrados e incrédulos. Nada. Era un tipo de la ínfima. Raquelita, le había dicho, yo te pido perdón por lo del caso Scamarone pero reconoce que tú te has equivocado esta vez. Nada. Era un tipo de la ínfima. Y había estado a punto de decirle el tipo de la ínfima, en ese caso, sería yo, pero de nada le había valido. El tipo de la ínfima era el negro.

Y ahora Raquelita dormía plácidamente y Joaquín se decía que ese era el secreto. Ese. Cuando no se sabe, como en el caso del huevo y la gallina, se opta. Y Raquelita había optado. Ese era su secreto. Y era demoledora la fuerza de una tijerita. Claro. Demoledora. Por eso tanta indiferencia cuando al entrar encendieron la luz del dormitorio y el reloj de los diamantes se le había olvidado sobre el tocador.

—¡Raquelita! ¡Fíjate qué reloj tienes en la cartera!

EL ÁRBOL
MARÍA LUISA BOMBAL
(Pág. 263 del texto escolar)

ANA MARÍA
JOSÉ DONOSO
(Conseguir fotocopias)